LA POBRE NIÑA

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid, la noche del 22 de noviembre de 1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA	Srta. Pérez de Vargas.
DOÑA LUZ	Sra. Alba.
GERTRUDIS	— Soriano.
MICAELA	Srta. Segura.
DON SILVIO TORRES DÓRIGA.	Sr. Bonafé.
ARCADIO	— Romea.
DON RODRIGO	— Zorrilla.
CAMPITOS	— Mendiguchía.
PEDRITO	— Del Valle.
ARTURO	— Asquerino.
CANALES	— Caba.
VARGAS	— Portillo.
OLÍAS	— Barbosa.
DON MELQUÍADES	— Caba.
TÍO ZAINO	— Insúa.
NASIO	— Rasche.
UN CRIADO	— Delgado.
SERENO	— Ortega.
UN GUARDIA	— Acevedo.

La acción, en una ciudad castellana. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabínete despacho del piso bajo de un antiguo caserón semipalacio que habita en una vieja ciudad castellana el rico hacendado e influyente político Don Silvio Torres Dóriga. La habitación está amueblada con mobiliario cómodo y lujoso, pero antiguo. Tiene una puerta grande con arco de medio punto en la pared de la izquierda. En la de la derecha, dos puertas pequeñas. Ante todas las puertas ricas, colgaduras de damasco rojo. En la pared del fondo, dos amplias ventanas, rasgadas hasta medio metro del suelo, con rejas de artísticos hierros. Habrá ante ellas cortinas de dril para atenuar la viveza de la luz solar. Entre estas dos ventanas, una gran librería llena de volúmenes. En un rincón de la derecha, una gran chimenea: en su repisa, reloj dorado. Delante de la chimenea, y sesgada, para que pueda recibir la luz de la ventana, una mesa de despacho con su correspondiente sillón de vaqueta. En las paredes, retratos de señor y señora a la moda del año cuarenta y cinco del siglo pasado y una panoplia encima de la chimenea. Un aparato de luz pende del techo. Cerca de la ventana izquierda, un velador, y sobre éste, un costurero.

El suelo de la habitación, cubierto con linóleo.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y ARCADIO. GERTRUDIS, una vieja ama de llaves con sus gafas puestas, repasa ropa sentada junto al velador. ARCADIO, joven seminarista, pálido, vestido de negro, con lentes de oro, sentado a la mesa de despacho, lee en un libro grande. Son las tres de la tarde de un día riguroso de verano. La luz del sol refulge sobre las cortinas grises de las ventanas. Adviértese por un gran silencio y una gran quietud la hora bochornosa de la siesta.

ARCADIO.—*(Lee con rumor de rezo. De cuando en cuando da un suspiro como persona profunda-*

mente abatida. A poco llama con voz débil y doliente.) Gertrudis. *(Gertrudis no contesta, cabeceando en un dulce sueño.)* Gertrudis. *(Pausa. Llama un poco más fuerte.)* Gertrudis.

GERTRUDIS.—*(Despertando al fin.)* ¡Eeeeh!...

ARCADIO.—*(De mal humor.)* ¡Jesús bendito..., siempre está usted durmiendo!

GERTRUDIS.—*(Mirándolo por encima de las gafas.)* Claro, con esta calor y a estas horas de la siesta..., una tiene su costumbre y hay que ver que somos mal comparaos como los animales.

ARCADIO.—Ya, ya.

GERTRUDIS.—Y no soy yo sola, que hay muchas personas que sin una cabezada no están a gusto.

ARCADIO.—Ya, ya... Ya lo veo.

GERTRUDIS,—¿Y qué quería usted?

ARCADIO.—Que me haga usted el favor de decirme si me toca la poción o me toca la píldora.

GERTRUDIS.—Aguarde, que no me acuerdo. *(Se registra los bolsillos del delantal y saca al fin un papel que lee. Se escucha muy lejana, y apenas comprensible, la voz de un industrial ambulante que pregona.)*

VENDEDOR.—A componer paraguas y abanicos.

GERTRUDIS.—Le toca a usted lo de la cucharada.

ARCADIO.—La poción.

GERTRUDIS.—*(Levantándose.)* Sino que yo que usté, si usté fuese yo, no tomaba más potingues. Buenas magras y buenos tragos, usté que lo puede, y en cuatro días como un sol. Ya vería usté. Y déjese de píldoras, que eso de las medecinas es cosa de los médicos que a fuerza de hacerle tragar bolitas le hacen creer a uno que está malo.

ARCADIO.—Pero si yo no tomase antiespasmódicos, dinamógenos y antiflogísticos, ¿quién sujetaría estos nervios, Gertrudis?

GERTRUDIS.—¡Qué nervios, nervios!... Eso son chacharramanchas de la gente de ahora.

ARCADIO.—*(Que se levanta y que se le va velando la voz hasta acabar casi llorando.)* ¡Chacharramanchas! ¡Chacharramanchas una neurastenia que me está aniquilando hace cuatro meses; que

me ha obligado a salir del seminario y que me tiene aquí, en casa de mi tío, interrumpidos los estudios, desnutrido, abúlico, depauperado y con una desesperación que yo no sé qué va a ser!...

GERTRUDIS.—¿Pero es que va usted a llorar, señorito?

ARCADIO.—*(Llorando decididamente.)* Es que hoy tengo un día fatal, siniestro. Cuanto me rodea es espantoso, es horrible.

GERTRUDIS.—Pero míreme usté a mí.

ARCADIO—*(Llorando.)* ¡Horrible, no puede ser más horrible!

GERTRUDIS.—Pero míreme usté a mí, que le oigo y estoy tranquila. Señal de que no tiene usté nada. Si lo han dicho todos los médicos, que usté tiene una cosa que no la tiene, y como se figura que la tiene pues de la figuración le da el histérico.

ARCADIO.—*(En plena crisis nerviosa.)* No, no, es inútil consolarme... Es inútil, Gertrudis. *(Llora.)*

GERTRUDIS.—¡Pero, señor, parece mentira, un hombre como un castillo ponerse así! ...

ARCADIO.—Me muero, me muero, Gertrudis, créalo usted.

GERTRUDIS.—¡Qué se va usté a morir, hombre de Dios!... ¡No se haga usté ilusiones!

ARCADIO.—Sí, sí... Hoy tengo mucho más acentuados todos los estigmas neurasténicos: la taquicardia, la raquialgia y la cefalea.

GERTRUDIS.—¿Cefa qué?

ARCADIO.—Lea.

GERTRUDIS.—¿Dónde?... ¿Dónde le habrán enseñao a este hombre tanta tontería, Dios bendito?

ARCADIO.—Sí, sí..., bromea usted porque no me quiere asustar, pero me muero, Gertrudis, estoy seguro de que me muero. *(Llora.)*

GERTRUDIS.—Vamos, por Dios, señorito Arcadio, no se ponga usté así. ¡Jesús qué temblor tiene! ¿Quiere usté que avise a su tío?

ARCADIO.—No, ¿para qué?... Si es lo mismo. Un día me quedo en plena crisis y les dejo en paz para siempre.

GERTRUDIS.—Vamos, no diga usté tonterías y tome la cucharada. *(Coge un vaso y una cuchara de encima de la chimenea.)*

ARCADIO.—No, ¿para qué?..., no; todo es ya inútil... *(Bosteza.)* ¡Aaaah!

GERTRUDIS.—Anda, anda... ¿Lo está usté viendo? Lo que yo digo, un hestérico. ¡Si eso lo he tenido yo en todos los alumbramientos, hombre!...

ARCADIO.—¡Caramba! ¿Pues de qué me habrá dado a mí? ¡Aaaah! *(Vuelve a bostezar.)* ¡Tengo una opresión aquí que me ahoga!

GERTRUDIS.—Hombre, a propósito de opresión. ¿A que no sabe usté quién me ha preguntado con mucho interés que cómo seguía usté?

ARCADIO.—*(Muy triste.)* Qué sé yo. Me es igual.

GERTRUDIS.—Y es mujer. *(Pausa.)*

ARCADIO.—*(La mira por encima de los lentes con curiosidad y asombro.)* ¡Mujer!..., ¿qué cómo seguía yo, y es mujer?

GERTRUDIS.—Y muy guapa.

ARCADIO.—*(La mira y sonríe.)* ¡Mujer, mujer! ¿Y muy guapa? *(Pausa. Sonríe.)* ¿La hija del cacharrero?... ¿Esa morena regordezuela, de ojos...?

GERTRUDIS.—Quia, más guapa.

ARCADIO.—*(Dudando.)* ¿Más?

GERTRUDIS.—La señorita de ahí enfrente.

ARCADIO.—¡La de Correa!

GERTRUDIS.—Sí, señor

ARCADIO.—*(Con interés.)* ¿La rubita o la más gruesa?

GERTRUDIS.—La más gruesa. Y me ha preguntado así con ese hablar que tiene: «¿Oiga usté Gertrudis, es verdad que el señorito Arcadio no vuelve más al Seminario?» *(Maliciosamente.)* ¡Y si viera usté con qué interés!...

ARCADIO.—*(Sonriendo francamente.)* ¿Sí?... ¿Con interés?... ¿La... la más guapita?

GERTRUDIS.—*(Le da la cucharada llena de jarabe.)* Y no hemos seguido hablando, porque estaba así, con el matiné por aquí, vamos un poco escotada. *(Arcadio se toma la cucharada.)* Se conoce que se iba a peinar.

ARCADIO.—¡Qué rica! *(Relame la cuchara.)*

GERTRUDIS.—Es una real moza.

ARCADIO.—*(Riendo alegremente.)* ¡Ja, ja!... ¡Si yo me refería a la poción!... ¿Ha creído usted que...? ¡Qué Gertrudis!...

GERTRUDIS.—¡Ah!, yo creía que era por...

ARCADIO.—¡No, quiá, por Dios, que iba a ser! ¡Qué qui pro cuo! Tiene gracia, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Y a propósito, ya que las hemos mentado, diga usted, Gertrudis, ¿qué tal son esas muchachas?

GERTRUDIS.—¿Quién, las Correas?

ARCADIO.—Las Correas.

GERTRUDIS.—Pues las Correas hay que tenerlas muy sujetas, ¿sabe usté? Porque como ser buenas chicas, son buenas chicas; pero vamos, un poco así alocadas.

ARCADIO.—*(Volviendo a sentarse en el sillón de la mesa de despacho.)* Bueno, bueno... En fin, no..., no..., no murmuremos. Voy a continuar con el estudio. *(Leyendo.)* «Scandit aeratas vitiosa navis cura. Timor et ine Mine scamdum code cuo domitem sedit atra cura.» *(Suena la campana de la catedral llamando a coro.)* Ya tocan a vísperas y completas en la catedral. Deben de ser las tres.

GERTRUDIS.—*(Que cose.)* Pronto pasarán los señores canónigos para el coro.

ARCADIO.—¡Oh, gracias a esta vecindad de la santa Iglesia, mantengo la ilusión de que no he salido del Seminario! Las campanas próximas, el órgano que escucho a veces desde mi cuarto, todo me transporta a mi celda. *(Sigue leyendo.)* «Qui sustinere non potest suum malum alios inspiciat et dicat toleranciam. Vir sapiens dominabitur astris.»

GERTRUDIS.—¿Y qué es eso que lee usté, señorito?

ARCADIO.—¿Que qué es esto?

UNA VOZ.—*(Que pregona próxima.)* ¡Limón helao!...

ARCADIO.—¡Limón helao! De qué buena gana me bebía un vaso, con este calor. *(Pausa. Sigue leyendo. Gertrudis cose. De pronto se proyecta so-*

bre la cortina de la ventana de la izquierda y luego sobre la de la derecha la silueta de un sacerdote que pasa.)

GERTRUDIS.—¿Ve usté? Ya empiezan a pasar los señores canónigos. Ese que ha pasado es el padre Agapito. Los conozco a todos por la sombra.

ARCADIO.—¡Claro, los habrá usted visto tantas veces! *(Se proyecta la silueta de un sacerdote bajo y muy grueso, que anda muy despacio y se limpia el sudor.)*

GERTRUDIS—Mire usté, ése es el señor deán...

ARCADIO.—Qué gordo.

GERTRUDIS.—Un andaluz muy gracioso.

ARCADIO.—Por lo menos, tiene una gran sombra.

GERTRUDIS.—Ya es muy viejo el pobrecito.

ARCADIO.—Será viejo, pero suda como un pollo. *(Desaparece. Se proyecta la silueta de otro sacerdote muy alto y muy delgado.)*

GERTRUDIS.—Mire usté... Ese es el padre Arroyo.

ARCADIO.—¿Arroyo? ¡Qué seco está!

GERTRUDIS.—No come más que verduras.

ARCADIO.—Ya se le conoce.

GERTRUDIS.—Pero sabe de pe a pe todo lo que pasa en el pueblo.

ARCADIO.—¿Es curioso?

GERTRUDIS.—Que confiesa a las señoras; y como refiere una historia nueva en cada casa donde entra, ¿a que no sabe usté cómo le han puesto de mote?

ARCADIO.—¿Arroyo murmurador?

GERTRDIS.—El cuento semanal.

ARCADIO.—¡Qué irreverencia! *(Se proyectan las siluetas de dos viejas beatas que van de manto y llevan en la mano rosarios y libros de devoción. Se paran ante la segunda ventana y hablan animadamente.)*

GERTRUDIS.—¡Anda quién va ahí!... ¡Doña Araceli y doña Olvido! ¡Buenas piezas!

ARCADIO.—¿Las conoce usted?

GERTRUDIS.—Valientes beatas. Cómo picotean, ¿eh?

ARCADIO.—Se demuestran un gran afecto.

GERTRUDIS.—¡Pues si viera usté cómo regañaron el otro día en el trascoro por no sé qué chisme de un acólito!... ¡Madre de Dios lo que se dijeron! Y venga arañazo, y toma golpe, y azote va y azote viene... ¡Cómo se pusieron de azotes!

ARCADIO.—¿Y todo en el trascoro?

GERTRUDIS.—En el propio trascoro.

ARCADIO.—¡Qué enormidad, Dios mío; calle, calle!...

ESCENA II

DICHOS y DON SILVIO. Este aparece por la primera puerta de la derecha. Es un señor como de cincuenta y dos a cincuenta y cuatro años, arrogante, de finas maneras, poniendo muy de relieve los restos de una varonil belleza ya averiada. Un poco teñido, un mucho acicalado. Un hombre que se defiende, en suma.

DON SILVIO.—*(A Arcadio.)* Hola, hijo, ¿qué tal esos nervios?

ARCADIO.—Así, así, tío...

GERTRUDIS.—Le ha dado una de esas cosas de llorar y reírse y agarrarse a todos...; como lo que le daba a doña Jesusa al año de quedarse viuda, ¿se acuerda usté?

DON SILVIO.—Sí, sí...

GERTRUDIS.—No he querido despertarle a usté de la siesta porque se le ha pasado en seguida.

DON SILVIO.—Claro; pequeñas crisis. Si eso no es nada.

ARCADIO.—No, ¿sabe usted lo que ha sido, tío?

DON SILVIO.—¿Qué ha sido, hijo?

ARCADIO.—Pues que se conoce que la presión sanguínea excesiva me ha excitado el pneumogástrico y al mismo tiempo una elevación del diafragma me ha comprimido el vértice del...

DON SILVIO.—Sí, sí, sí..., nada. Una perla de éter cuando te dé eso, ya te ha dicho don Pascual. Y no te diagnostiques tú. Despreocúpate, y dentro de quince días salimos para París. Te ve un es-

pecialista; luego vamos a Londres, te ve otro, porque en estas enfermedades conviene que le consuelen a uno en todos los idiomas; y al cabo de un mes regresamos a España y vuelves al Seminario ya completamente tranquilo.

ARCADIO.—¡Ay, si eso fuera cierto!

DON SILVIO.—¡Pues no ha de serlo! ¿Por qué no?

ARCADIO.—¿Pero de qué me habrá dado a mí esto, tío?

DON SILVIO.—De nada. Cualquier cosa. ¿Quién sabe? Tal vez el mimo excesivo, porque huérfano desde los tres años te has criado con tu abuelita, que se mira en ti. Quizá también los estigmas hereditarios...

GERTRUDIS.—¿Y no podría ser flato?

DON SILVIO.—*(Sonriendo.)* Algo de eso. ¡Qué Gertrudis! Conque vete pensando en el equipaje.

ARCADIO.—Pero si viera usted cuánto siento sacarle de su sosegado rincón. Usted, un hombre tan solo, tan independiente, tan ordenado, tan hecho a las costumbres de esta pequeña ciudad de Villaluenga.

DON SILVIO.—Quia, no lo sientas. La monotonía a veces es también inquietante. El alma es como el agua: la excesiva quietud la enfría, la descompone, la hace mala. Me siento mejor, más sano de cuerpo y de espíritu cuando viajo, cuando me muevo. No sabes el bien que me hace dejar de ir quince días al Casino. Quizá este viaje me sea muy conveniente.

ARCADIO.—Entonces, calcule usted, yo encantado.

GERTRUDIS.—Sí, pero a la edad de usted estas trotanas...

DON SILVIO.—*(Con cierta indignación.)* ¿No tienes nada que hacer por la cocina?...

GERTRUDIS.—Por San Felipe Neri, cincuenta y cuatro.

DON SILVIO.—*(Señalándole la puerta.)* He dicho que tengas la bondad.

GERTRUDIS.—Ya, ya me voy. En cuanto quiero irme no tengo más que mentarle los años; no me ha fallado ni una vez *(Vase por la izquierda.)*

ARCADIO.—¿Y ha tenido usted carta del padre rector?

DON SILVIO.—Sí; dice que te cuides, que no te preocupes... Ya te la daré luego; la dejé en mi cuarto.

ARCADIO.—Yo, con permiso de usted, voy a coger unos libros que he visto aquí para hojearlos.

DON SILVIO.—Lo que quieras.

ESCENA III

DON SILVIO, ARCADIO, VARGAS, OLÍAS y CANALES.

VARGAS.—*(Aparecen en la ventana de la derecha las siluetas de Vargas, Olías y Canales.)* ¡Ah, del castillo!

DON SILVIO.—¡Hola, Varguitas!

VARGAS.—Mira con quién vengo.

CANALES.—*(Asomándose.)* ¡Salud, gran hombre!

OLÍAS.—¡Hoy nos has hecho rabona, amigo!

DON SILVIO.—Eché un rato la siesta. Pasad si queréis.

VARGAS.—¿No estás ocupado?

DON SILVIO.—No, hombre, no; pasad.

CANALES.—Allá vamos. *(Desaparecen de la reja.)*

ARCADIO.—¿Quiénes son esos señores?

DON SILVIO.—Mi tertulia del Casino. Gente de mi partido. Buenos liberales. Malas lenguas, eso sí... ¡Pero hay aquí tan poco que hacer!...

OLÍAS.—*(Entrando por la izquierda.)* ¿Se puede?

DON SILVIO.—Siempre.

VARGAS.—*(A Arcadio.)* Buenas tardes.

ARCADIO.—Servidor de usted.

VARGAS.—¿Este es el pollo eclesiástico?

DON SILVIO.—Mi sobrino Arcadio, que hace tres días está en casa. Mi amigo Paco Vargas, director de «El Eco Carpetano» y la primer escopeta de la provincia.

VARGAS.—Ocho premios en tres concursos. Muy

bien, pollo. Chico, monumental. Tu retrato. ¡Lástima que se dedique a eso!

ARCADIO.—¿Cómo a eso?

VARGAS.—Usted perdone. Es mi manera. Aquí no hay doblez. Lo que siento allá va. Ante todo, franqueza.

ARCADIO.—Ya, ya.

DON SILVIO.—*(Presentándole.)* El señor Olías, presidente de la Diputación y el número uno entre los jugadores de billar.

CANALES.—A una carambola le debe la presidencia de la Diputación.

ARCADIO.—*(Sonriendo.)* ¡Es extraordinario!

VARGAS.—Y que fué chamba.

OLÍAS.—No haga usted caso.

DON SILVIO.—Y el licenciado Canales, ilustre químico de lengua cáustica, como le llama un poeta de la localidad.

CANALES.—Diatribas. ¿Y qué tal esa neurastenia, pollo? Ya me ha dicho aquí el tío que...

ARCADIO.—Muy mal; estoy cada día peor. Ahora veremos si en París...

CANALES.—¿En París?... ¡Uf, en París le van a usted a sacar los cuartos indignamente! Cuatro pamplinas clínicas, una palpación, dos análisis, cinco mil francos estrangulados y al pueblo. Este es el Evangelio, créalo usted; la fórmula para esas enfermedades es aire libre, alimentación libre, y el tercer ingrediente, que también es libre, me lo reservo en gracia a su carácter eclesiástico.

ARCADIO.—*(Con sonrisa forzada.)* ¡Je, je!... Sí, señor...; pues yo, con permiso...

DON SILVIO.—¡Qué cosas tiene este Canales!

VARGAS.—¡Chico, monumental! Es muy guapo.

ARCADIO.—Pues, tanto gusto. *(Aparte.)* Me han mareado. *(Alto.)* Servidor de ustedes.

VARGAS.—Adiós, pollo, y conste que va usted a hacer un estrago entre las devotas.

ARCADIO.—*(Azorado.)* ¿Yo?..., entre las... *(Tropieza con una silla.)* Qué humoradas tiene el se-

ñor este... Yo entre las... ¡Qué ocurrencia! *(Vase aturdido por la puerta izquierda.)*

ESCENA IV

DON SILVIO, CANALES, VARGAS y OLÍAS.

VARGAS.—Bueno, estaba deseando que nos quedásemos solos. *(Poniéndose serio y con aire misterioso.)*

CANALES.—*(Con gravedad.)* Ya habrás supuesto que nuestra visita a estas horas debe obedecer a algo grave.

DON SILVIO.—Hombre, no había supuesto nada. *(Alarmado.)* ¿Pues qué pasa?

VARGAS.—¿Que qué pasa? ¿Dice que qué pasa? *(A Olías.)* Cierra la puerta, tú. *(Olías cierra la puerta de la izquierda.)* Pues pasa, Silvio, lo más inaudito, lo más estupendo, lo más inaguantable que puedes imaginarte.

CANALES.—¡Tenías que haber visto la que se ha armado esta tarde en el Casino! Se nos comían los Quiroguistas.

OLÍAS.—¡Qué batalla, chico! ¡Hemos estado dos horas en pleno Waterloo!

DON SILVIO.—Pues, ¿qué ha sucedido?

VARGAS.—Pues ha sucedido, que lo que está haciendo Quiroga contigo es verdaderamente insoportable.

DON SILVIO.—¡Pero hombre!

OLÍAS.—Que se burla de ti de una manera despiadada.

DON SILVIO.—¿Pero acaso?...

VARGAS.—Y nosotros no podemos consentirlo ni por ti ni por el partido liberal que acaudillas, ni por nosotros mismos, que hay que decirlo, señores, que no podríamos soportar la jefatura de un hombre que no respondiese a los retos que se le lanzan con aquella intrepidez que exige el prestigio de un partido serio.

CANALES.—¡Tallao!

OLÍAS.—¡Esculpido!

DON SILVIO.—Pero, no acabo de entender, ¿qué asunto, qué cuestión ha podido enardeceros hasta ese extremo?

VARGAS.—La cosa al parecer no tiene importancia en sí, pero tú juzgarás de su trascendencia.

DON SILVIO.—Veamos.

VARGAS.—Pues nada, chico, la discusión ha empezado por lo de Aurorita.

DON SILVIO.—*(Contrariado.)* ¿Lo de Aurorita otra vez?

VARGAS.—Otra vez; y te advierto que hoy ha surgido con caracteres más enconados y más guasones que nunca; porque Quiroga se ha permitido decir ante el Casino pleno que tu afirmación de conquistar a esa muchacha el día que te diese la gana, era, primero una indignidad y luego una baladronada necia y sin fundamento, propia de un calavera senil.

DON SILVIO.—¿Senil?... *(Enardecido.)* Eso es despecho porque Aurorita le ha despreciado a él.

CANALES.—Y cuando yo le aseguraba que todos hemos visto que la chica pasa por delante del Casino para timarse contigo, se echó a reír gritando: «Pues decirle a Silvio que yo aseguro que no añade a su corona de Tenorio decrépito ese florón de juventud y de belleza; que es mucha niña Aurorita para un jefe de partido con cincuenta y seis primaveras.»

OLÍAS.—Y al decir lo de primaveras nos miraba a nosotros.

VARGAS.—Yo echando venablos, grité: «Silvio conquista a esa mujer en cuanto le dé la gana.» Y él me interrumpió: «Silvio no la conquista porque ha dicho ella misma que no le gustan los conquistadores a dos tintas.» La carcajada fué general. Sus partidarios le aplaudieron el chiste.

DON SILVIO.—¿A dos tintas?... Y eso ¿qué quiere decir?

CANALES.—*(Con indignación.)* Que te tiñes el pelo.

DON SILVIO.—*(Enfurecido.)* Pues eso es una grosería de mal gusto que no se la tolero ni a él ni a nadie. *(Pasea agitado.)*

VARGAS.—Eso es una canallada.

DON SILVIO.—¿Que me tiño?...

OLÍAS.—Es para mandarle los padrinos.

CANALES.—Y el pincel.

OLÍAS.—*(A Vargas.)* Y dile lo de aquí *(Señalando la boca.)*

DON SILVIO.—¿Qué es la de aquí?

VARGAS.—Otro chistecito, que también ha tenido éxito.

CANALES.—Nada, que ha dicho que se explica que tengas el comedor tan bien puesto.

DON SILVIO.—¿Por qué?

VARGAS.—Pues porque dice que cada día necesitas comer con más aparato.

DON SILVIO.—¡Qué indignidad!, ¡qué villanía! ¡Meterse hasta en la boca!

OLÍAS.—Era para morderlo... ¡si pudieras!

CANALES.—Si no le escupen..., para todo hay remedio.

DON SILVIO.—*(Paseando iracundo.)* Basta, basta...

VARGAS.—Y además, afirmaba que tu viaje a París era una fuga vergonzosa.

DON SILVIO.—¿Una fuga?... Basta, basta. Bueno. Está bien. Nada, puesto que lo quieren será. Me repugnaba esta aventura, me resistía porque...

VARGAS.—¿Cómo resististe?... ¿Escrúpulos ahora? Tú no puedes irte de aquí sin quedar como quién eres. Yo he jurado no volver al Casino hasta que triunfes.

CANALES.—Y yo.

OLÍAS.—Y yo.

VARGAS.—Conque tú dirás si nos borramos.

DON SILVIO.—Nunca. Pronto, en seguida, antes de ocho días os juro que volveréis.

VARGAS.—¡Ole!

CANALES.—¡Bien!

OLÍAS.—¡Bravo!

VARGAS.—Ese eres tú. *(Se dan la mano.)*

DON SILVIO.—¡Volveréis, qué duda tiene!... No quería, bien lo sabe Dios. Se trata de una chiquilla de dudosa reputación, de vida equívoca tal vez, y aunque me ha ofrecido motivos sobrados para que crea sin envanecimiento que su conquista no es cosa difícil, sin embargo, me han detenido varias consideraciones de fondo sentimental. Es una niña sin padre; su posición humilde, penosa más bien, el ser forastera, el estar su hermano aquí con un destino de poco sueldo, todo esto podía dar a la aventura un carácter desagradable de abuso. Luego, hay que decirlo, el aspecto de esa familia es un poco ridículo. Madre e hija siempre van juntas, se pasan el día rodando por calles y calles, y como son igualmente delgadas, igualmente altas, y van las dos vestidas de negro con sus trajes estrechos, hasta el extremo de parecer dos unos, la gente como sabéis las ha puesto de mote las once. Todo esto, comprenderlo, aunque la muchacha es muy bonita, me causaba un cierto escrúpulo, y quería irme para dejar pasar la aventura, pero ya que Quiroga se burla, vaya por Quiroga y por los que le hacen caso. ¡Me quedo!

LOS TRES.—¡Bravo, bravo! *(Le estrechan la mano.)*

DON SILVIO.—Les brindo esa conquista.

VARGAS.—¡Qué artículo, qué artículo publico en el periódico el día del éxito! Fingiré una narración oriental. Una aventura entre un marajá y una circasiana. ¡Ya lo veo! Tragan quina. Y lo voy a titular «El vigor del cabello.» *(Aplauden.)*

CANALES.—¡Colosal! ¡Colosal!

OLÍAS.—¿De manera que tú crees que la conquista es cosa de pocos días?

DON SILVIO.—De nada, hombre, ¡pero no me conoces! ¿Qué me costó la sobrina del registrador y era más difícil?...

CANALES.—¿Y la cuñada del ingeniero? ¿Y la prima del juez?

DON SILVIO.—Y aquello había que verlo; una moza vigiladísima.

VARGAS.—Con lo que es éste para las mujeres, lo de Aurorita lo tiene hecho.

DON SILVIO.—¡Claro, hombre!... ¡Por Dios!... Yo en cuestión de faldas, quiero o no quiero. Cuando quiero soy rápido y definitivo. ¿Qué es hoy?

OLÍAS.—Lunes.

DON SILVIO.—¿Lunes?... Lunes, martes, miércoles...; el sábado comemos juntos los cuatro en el Casino; y para que el golpe sea contundente, pedimos la cena para las once en punto, con once platos y once clases de vinos.

VARGAS.—¡Diabólico!

CANALES.—¡Estupendo!

OLÍAS.—¡Eres un tío!

DON SILVIO.—Y vaya, ya que estamos en el terreno de las confidencias, allá va la bomba final para que comprendáis que yo en asuntos de mujeres hasta cuando no quiero tengo hechas las cosas.

VARGAS.—Venga.

DON SILVIO.—Pues nada, que Campitos, ese demonio de Campitos...

CANALES.—Tu edecán.

DON SILVIO.—Al ver que me gustaba la muchacha y sin hacer caso de mis vacilaciones, ha inventado una estratagema para traerme a casa a la madre y a la hija. «Yo te las pongo en suerte, tú luego haz lo que quieras», me ha dicho.

VARGAS.—*(Riendo.)* ¡Qué Campitos!

OLÍAS.—¿Y qué estratagema ha inventado?

DON SILVIO.—Mefistofélica. Figuraos que como...

ESCENA V

DICHOS y CAMPITOS.

CAMPITOS.—*(Que aparece en la ventana derecha.)* ¡Silvio!

DON SILVIO.—Nuestro hombre. El os la contará. Pasa.

CAMPITOS.—¿Tienes visita?

VARGAS.—Somos nosotros.

CAMPITOS.—¡Hola, gentuza! Allá voy. *(Desaparece.)*

OLÍAS.—Este chico es una alhaja.

VARGAS.—¡Es el diablo! Medio cojo, medio manco, un poco sordo, algo tartamudo, bastante corto de vista, y, sin embargo, no hay quien corra, oiga, diga y haga las cosas que hace él en Villaluenga.

CANALES.—Es una pólvora.

OLÍAS.—Un rayo.

DON SILVIO.—Peor.

CAMPITOS.—*(Entra por la izquierda. Es un tipo mefistofélico, desgarbado, de barba rubia poco espesa, renguea un poco al andar y deja percibir los defectos físicos que en el diálogo se le señalan.)* Plácidas y calurosas.

VARGAS.—¡Hola, buena pieza!

DON SILVIO.—¿De dónde sales?

CAMPITOS.—No veo, ¿quién está ahí?

CANALES.—Soy yo.

CAMPITOS.—¡Anda, si es Canales! ¿Qué cuentas, farmacéutico?

CANALES.—Qué, ¿has visto la caricatura que te dedica Paulino en «El Alacrán», tomándote el pelo?

CAMPITOS.—La he visto. Y ya sabe Paulino lo que se hace. Me toma el pelo... ¡Claro, como no se lo puedo tomar yo a él!

VARGAS.—¿Por qué?

CAMPITOS.—Porque lo suyo es lana.

CANALES.—Tómaselo a su mujer.

CAMPITOS.—Es cerda. Pues ahí está, que no tengo defensa con ese matrimonio. Ahora lo que voy a hacer es a contar lo de su hermana con el teniente de caballería y con el capitán de ingenieros.

DON SILVIO.—¡Ah! ¿Pero es aficionada a la milicia?

CAMPITOS.—¿Que si es aficionada a la milicia? Como que este verano, bañándose un día en San Sebastián, de poco se ahoga, y cuando angustia-

da sacaba la cabeza del agua, en vez de pedir socorro, decía: ¡que me echen un cabo, que me echen un cabo! *(Todos ríen.)*

DON SILVIO.—Bueno, calla, calla, mala lengua, y vamos a lo nuestro. ¿Cómo anda el asunto?

CAMPITOS.—¿Puedo hablar delante de éstos?

DON SILVIO.—Los he puesto en autos. Estoy resuelto a lo de Aurorita.

CAMPITOS.—Choca. *(Le da la mano.)* Me alegro. ¡Menuda primada dejarlo!

VARGAS.—Eso le hemos dicho nosotros.

CAMPITOS.—Pues por mi parte todo arreglado chico.

DON SILVIO.—*(Sonriendo.)* ¿De veras?

CAMPITOS.—Y tengo que darte una noticia estupenda, definitiva.

TODOS.—Venga, venga.

CAMPITOS.—Que dentro de cinco minutos tienes aquí a la madre y a la hija.

TODOS.—*(Aplauden.)* ¡Bravo, bravo!

SON SILVIO.—¿Pero qué dices, demonio?

CAMPITOS.—Chicos, como lo pensé. Una cosa matemática. Se vienen a la boca del lobo, ¿pero cómo?...; como si las trajeran con un plano.

VARGAS.—¿Pero qué has hecho, condenado?

CAMPITOS.—Pues nada, que os diga Silvio, una pequeña intriguilla. He querido evitar que éste se acercara a ellas; ¡la seriedad, la posición!... Había que hacerlas venir, ¿pero cómo?, pensé, y veréis qué sencillo. ¡Escribimos a Madrid una cartita, nada, cuatro letras, para que trasladasen al hermanito ahí cerca, a La Coruña! Y claro, como ellas no quieren irse, necesitan una influencia. ¿A quién recurrir?... Y en esto, yo que me he ido aproximando hábilmente, les he dicho que el político más influyente aquí era el señor Torres Dóriga. «¿Cree usted que nos atenderá?», me preguntaron. «Es el caballero más asequible y más fino de la provincia. No pierdan tiempo», les he añadido; y están viniendo, ¡no os digo más!

TODOS.—Ja, ja, ja.

CANALES.—¡Estupendo!

DON SILVIO.—¡Eres una joya!

CAMPITOS.—¡Un infeliz!

OLÍAS.—Bueno, ahora lo temible es que como la muchacha es tan bonita, no vaya éste a colarse y se nos enamore, y entonces sí que...

DON SILVIO.—Hombre, por Dios, Olías, me ofendes con la duda.

VARGAS.—¡Si es una pobre niña!

CAMPITOS.—Para un vivo como éste esa aventura es un ligero jugueteo.

DON SILVIO.—*(Riéndose.)* ¡Calla, hombre!

CAMPITOS.—Silvio coge a esa muchacha y juega con ella como juega un gato con un ovillo, que lo toma, lo deja, lo empuja, lo recoge, lo lleva, lo trae y luego al cansarse lo abandona en un rincón y se va afilándose las uñas y enarcando el lomo.

CANALES.—Has hecho el diseño.

DON SILVIO.—Tú me conoces. *(Suena un timbre.)* Callad.

CAMPITOS.—Deben ser ellas.

DON SILVIO.—Si acaso, subir por aquí al piso de arriba y aguardáis en la sala de billar.

CRIADO.—*(Apareciendo por la izquierda.)* Señor.

DON SILVIO.—¿Qué?

CRIADO.—Pues que están ahí en el recibimiento esa señora y esa señorita de negro que las llaman en el pueblo las once.

DON SILVIO.—¡Ellas!

CAMPITOS.—¿No os lo dije?

DON SILVIO.—*(Al Criado.)* Que pasen cuando yo toque el timbre. *(Mutis Criado.)*

VARGAS.—¡Qué triunfo, chico!

CANALES.—Mucho ojo, tú; que va en la empresa hasta el amor propio de tu partido.

OLÍAS.—Mano izquierda y...

CAMPITOS.—¿Pero es que vais a decir a una liebre cómo ha de correr?

DON SILVIO.—Pronto, pronto; por aquí.

VARGAS.—¡Qué dirán los quiroguistas!

CANALES.—Duro y a la cabeza.

DON SILVIO.—Pronto, por favor. Confiad en mí.

(Todos ríen y hacen mutis hablando en voz baja y andando de puntillas. Vanse segunda derecha. Suena un cuarto en el reloj de la iglesia próxima.)

ESCENA VI

DON SILVIO; luego, AURORA y DOÑA LUZ. DON SILVIO se mira en un espejito de mano que saca de un cajón de su mesa de despacho, y con un cepillito que moja en un frasco se frota rápidamente el bigote. Al fin lo oculta y hace sonar un timbre que habrá sobre el velador.

DOÑA LUZ.—*(Desde dentro.)* ¿Da usted su permiso?

DON SILVIO.—Adelante. Tengan la bondad.

DOÑA LUZ.—*(Entrando con su hija.)* Muy servidoras. *(Quedan ante la puerta; son dos tipos como se ha descrito en el diálogo. La madre lleva impertinentes. La hija no levanta los ojos del suelo.)*

DON SILVIO.—A los pies de ustedes.

DOÑA LUZ.—¿Es al excelentísimo señor don Silvio Torres Dóriga a quien tenemos la alta honra de dirigirnos?

DON SILVIO.—Es a un amigo cariñoso que desea con toda su alma oírlas y complacerlas. ¿Quieren pasar?

DOÑA LUZ.—Perdone vuecencia, nosotras...

DON SILVIO.—¿Cómo vuecencia? Pero, señora... *(Asombrado.)*

DOÑA LUZ.—¿No tiene usted la gran cruz de Isabel la Católica libre de gastos?

DON SILVIO.—No sé, creo que sí; pero ¿qué tiene que ver eso para que ustedes me traten como un buen amigo?

DOÑA LUZ.—Conozco el respeto que merece toda jerarquía y no le hollo so ningún pretexto. Idiosincrasia.

DON SILVIO.—Señora, pues yo la estimaría mucho que me tratara con esa llaneza que pone mejor que nada en camino de un buen afecto.

DOÑA LUZ.—Como usted prefiera. Mi propósito era no apear el tratamiento; pero puesto que usted se empeña, apearéle.

DON SILVIO.—Muchas gracias y siéntese, se lo ruego.

DOÑA LUZ.—¿Sentarnos? ¡Eso sí que no! ¡Sentarse dos humildes servidoras ante un senador del reino!

DON SILVIO.—Pero, señora...; vamos, yo no sé...

DOÑA LUZ.—¡Y vitalicio!..., de ninguna manera.

DON SILVIO.—Señora, perdóneme. Yo suplico a usted que no me favorezca tan exageradamente en su consideración. Ni hay por qué ni yo lo deseo. Solicito, ruego en consecuencia una cariñosa familiaridad, y usted será tan buena que no querrá negarme...

DOÑA LUZ.—Complacerle más por respeto que por convicción.

DON SILVIO.—Y sobre todo, que adelante esa señorita y se siente. Me da pena verla ahí.

AURORA.—Yo estoy siempre bien; muchas gracias.

DOÑA LUZ.—Yo no la digo nada, ¿sabe usted?, porque ni que pase ni que no pase, no levantará los ojos del linóleo en tanto cuanto estemos en su grata y respetable presencia. Idiosincrasia.

DON SILVIO.—Sin embargo, yo me atrevo a insistir en que me honren aceptando una silla.

DOÑA LUZ.—Aurora, qué remedio... Dobleguémonos a la voluntad del señor.

AURORA.—*(Se sienta junto a la puerta.)* Bueno, mamá.

DOÑA LUZ.—Con licencia. *(Se sienta y se levanta rápidamente, dando un pequeño grito.)* ¡Ay!

DON SILVIO.—¿Qué ha sucedido?

DOÑA LUZ.—Que creo que he modificado algo. *(Mira con los impertinentes.)* En efecto... *(Le da a Don Silvio un sombrero aplastado.)*

DON SILVIO.—No haga usted caso; ¡un sombrero!..., ¡nada! *(Lo deja sobre la mesa despacho.)*

AURORA.—¡Por Dios, mamá!

DOÑA LUZ.—*(Con severidad.)* ¡Pero, hija!, ¿es

que tú crees que yo veo retrospectivamente?... No es torpeza mía.

DON SILVIO.—Fué torpeza en quien lo dejó, que no es una silla lugar de un sombrero. Tiene razón su mamá.

DOÑA LUZ.—Y menos mal que era borsalino. ¿Deforméle?

DON SILVIO.—No se preocupe usted, señora. Siéntese con toda confianza y dígame detalladamente qué motivo me proporciona el honor de su visita.

DOÑA LUZ.—Yo supongo, señor de Torres Dóriga, que su ilustrado secretario, el señor Campitos, como cariñosamente se le diminuta, le habrá puesto en autos de la amenaza que se cierne sobre nosotras.

DON SILVIO.—Sí, me ha dicho que han trasladado a su hijo de usted...

DOÑA LUZ.—Sí, señor, a una metrópoli muy distante: La Coruña. Y usted hágase cargo de mi aflictiva situación; sola, desamparada, atenida a un corto haber, viendo cómo carecen de todo este pedazo de mi alma *(Por la niña.)* y el otro pedazo que tengo colocado en Hacienda. Imagínese qué horas de amargura habré pasado desde que supe la noticia, que para mi humilde hogar fué un verdadero fenómeno seísmico, o terremoto, como a usted le suene mejor. ¡Ah señor de Torres!...

DON SILVIO.—Sí; ya me hago cargo que...

DOÑA LUZ.—¡Ah, no; no puede usted comprender mi pena..., mi calvario! ¡Estoy tan sufrida! Usted calcule a una pobre mujer toda su juventud con sus dos hijitos en brazos luchando para que no me los arrebate la miseria. He sobrellevado con santa resignación hambres, enfermedades, desprecios del mundo, burlas de la gente..., todo... todo... *(Llora.)*

AURORA.—*(Afligida.)* Mamá.

DON SILVIO.—¡Señora, por Dios, cálmese!

DOÑA LUZ.—Usted perdone; pero soy una madre «transitada» de dolor. Usted no sabe lo que he hecho yo por dar educación a mis hijos. Esta santita, aunque me esté feo el decirlo, a pesar de

nuestra pobreza, lo que se la pida. Borda, pinta, canta, toca, graba, calca, modela y, si se la aprieta, esculpe.

DON SILVIO.—Muy bien.

AURORA.—*(Ruborosa.)* ¡Mamá!

DOÑA LUZ.—Y mi Arturo..., ¡oh, como ése no nay dos! ¡Qué formalito, qué estudioso! Su padre era hombre de letras, pues yo quise que fuera letrado; su padre sabía lenguas, pues yo quise que fuera lenguá...; bueno, de esos que hablan de todas maneras, ¿cómo se llaman, niña?

AURORA.—Poliglotas, mamá.

DOÑA LUZ.—¿Pero poliglotas no son los que escriben de prisa?

DON SILVIO.—Esos son taquígrafos, señora; pero es igual para que yo comprenda lo que usted quiere decir.

DOÑA LUZ.—Usted perdone; pero ya a mis años se me ha ido un poco la sintaxis y no doy con los vocablos; pero en fin, a lo que estábamos, no es porque sea de una servidora, pero es una joya de hijo, ya lo verá usted.

DON SILVIO.—¿De manera que lo que usted desea es que se deje sin efecto el traslado?

DOÑA LUZ.—Tal desearíamos, sí, señor, y si usted con su influencia pudiera lograrlo...

DON SILVIO.—Crea usted que me han sido ustedes tan vivamente simpáticas, que si es preciso haremos un milagro.

DOÑA LUZ.—¡Oh, gracias, gracias, señor de Torres, y yo juro a usted que buscaremos la forma de significarle nuestra gratitud!

DON SILVIO.—Señora, por Dios, ¿quiere usted callarse?

DOÑA LUZ.—¿Usted usa pantuflas?

DON SILVIO.—Sí, señora; ¿pero por qué es la pregunta?

DOÑA LUZ.—Aurorita, fíjate en el pie y de aquel pedazo de pana del embozo de tu hermano, que es verde, y con el oro que te sobró de la relojera de don Florentino, que es de ley, le haces unas. Como las que lleva; son bonitas; sino que tú le

añades las iniciales. ¿Ves? Bordas nada más palas y punteras. Greca pompeyana las palas y S. T. D. las dos punteras.

DON SILVIO.—Señora, agradecidísimo; pero las ruego que no se molesten.

AURORA.—¡Por Dios, una cosa tan cursi para este señor!...

DON SILVIO.—Lo que usted me hiciera, que jamás podría ser cursi, yo lo llevaría con mucho gusto, y en prueba de ello acepto el ofrecimiento.

AURORA.—Muchas gracias.

DOÑA LUZ.—¿Lo ves?... Me alegro.

DON SILVIO.—Y dígame usted, señorita, si no la molesta seguir hablando...

DOÑA LUZ.—¡Por Dios, qué la va a molestar; quiere usted callarse; es que su carácter es así!... Idiosicrasia...; pero precisamente de usted..., ¡anda, si todos los días que pasamos por aquí me dice: mira, mamá, el palacio donde vive ese señor tan elegante y tan simpático.

DON SILVIO.—*(Atusándose el bigote.)* No sé cómo corresponder a tan injustos elogios..., pues lo que yo quería preguntarla es que qué preferiría ella, si irse o quedarse en este pueblo.

DOÑA LUZ.—Ya lo oyes. *(Pausa.)* Contesta, hija. *(Otra pausa.)* Vamos, contesta a este señor.

DON SILVIO.—Pero usted..., ¿qué preferiría, la verdad?

AURORA.—¿Yo?... *(Baja los ojos.)* Me es igual.

DON SILVIO.—Creo que no es usted sincera. ¿Quiere usted quedarse? *(Silencio.)*

DOÑA LUZ.—Vamos, hija; ¿pero qué te pasa?

DON SILVIO.—¿Quisiera usted quedarse?

AURORA.—Quisiera irme.

DOÑA LUZ.—*(Levantándose airada.)* ¡Aurora!

AURORA.—Mamá, por Dios, no te incomodes, siempre haré lo que mandes; pero este señor me pregunta y yo no sé mentir, por eso me callaba. *(Le caen las lágrimas.)*

DOÑA LUZ.—*(Con energía.)* Está bien. ¿Ves cómo tu madre tiene razón? ¿Ves cómo lo adivino todo?... Caballero, usted perdone este desagradable

incidente; pero no he podido contener mi pena, porque...

DON SILVIO.—Señora, yo lo que siento es haber producido con una indiscreción...

DOÑA LUZ.—No; quite usted, por Dios; si ha venido a la fuerza, si no quería que pidiese la revocación del traslado de su hermano, si sé lo que le pasa, si me va a matar, si sé la causa...; ella me lo niega, pero yo la sé... La sé..., la sé... *(Llora.)*

AURORA.—¡Mamá!

DOÑA LUZ.—Sí, hija, sí..., ¿a qué fingir más?... Estamos ante un hombre de gran corazón y de gran talento y no me importa hablar..., ¡señor de Torres! ¿Sabe usted por qué quiere irse?, ¡pues porque me la está consumiendo una pasión oculta!

AURORA.—*(Levantándose muy seria.)* ¡Mamá!

DON SILVIO.—Señora...

DOÑA LUZ.—Sí, si veo lo que sufre, si no duerme, si no come. ¿Quién es ese hombre que me la intranquiliza, que me la mata? Eso es lo que ignoro; eso es lo que no quiere decirme ni con súplicas ni con amenazas. ¿Por qué?... Me sospecho algo terrible. *(Aurora cae sentada en la silla.)* ¡Algo espantoso!

DON SILVIO.—Señora, por Dios, yo sufro de verlas a ustedes en esta situación.

DOÑA LUZ.—Perdone usted, señor de Torres; pero soy sola en el mundo, no tengo una mano en que apoyarme. Yo desearía su protección, su consejo..., que usted me ilumine, me guíe...

DON SILVIO.—Con mucho gusto, señora; pero no sé si debo intervenir...

DOÑA LUZ.—*(Confidencial.)* ¿Si usted tuviese otra habitación donde pudiésemos hablar a solas?

DON SILVIO.—Como usted desee; si puedo consolar en algo...

DOÑA LUZ.—En todo, en todo. Gracias, gracias; ¿por dónde?

DON SILVIO.—Pase usted por aquí, si gusta. Con el permiso de usted, señorita.

DOÑA LUZ.—*(Severamente.)* Espera un momento. *(Vanse primera derecha.)*

ESCENA VII

AURORA; luego, ARCADIO, que entra por la izquierda.

AURORA.—*(Al hacer mutis Doña Luz y Don Silvio, cambia poco a poco la expresión dramática de su cara en la de la más absoluta indiferencia, abre un bolso de mano, saca una cajita de polvos y un espejito, va hacia la ventana, se pasa la borla, se moja la punta de los dedos, que frota sobre sus cejas, se arregla el pelo, se coloca mejor el sombrero, y de pronto queda como atenta a un ruido próximo y vuelve a sentarse rápidamente.)* Alguien viene. *(Vuelve a su actitud candorosa.)*

ARCADIO.—*(Sale respirando repetidamente como para observarse.)* Sí..., la compresión diafragmática está aumentada, y tengo quince pulsaciones sobre las normales... Voy a ver si el aire me... *(Hace aspiraciones profundísimas y exageradas.)* No me entra bien... Además tengo la boca pastosa. ¿Por qué me habrán aumentado las secreciones biliares?... Voy a ver cómo tengo la lengua. *(Coge de encima de la chimenea el espejito de mano que dejó su tío y se mira la lengua.)* ¡Huy!... *(Asustado.)* ¡Saburrosísima! ¡Sucísima!... ¡Qué ráfaga! Veré aquí a la luz. *(Coge la lengua fuera ante el espejito, viene desde la chimena hasta la ventana y, al llegar al centro de la escena, ve a Aurora, da un grito, se muerde la lengua y se le cae el espejo.)* ¡Ay!... ¡Huy!... *(Habla estropajosamente, como quien sufre el dolor de haberse mordido la lengua.)* ¡Una..., una señorita! ¡Me la..., me la he mordido! Si yo me llego a figurar que..., no la... ¡Huy!... Usted perdone; pero creí que estaba solo y por eso la... ¡Huy!...

AURORA.—¡Por Dios, cuánto lo siento haber sido la causa involuntaria de...

ARCADIO.—No; si deje usted, si... *(Aparte.)* Me la he deshecho. *(Alto.)* ¿Espera usted a mi tío?

AURORA.—A mi mamá, que está hablando con don Silvio. *(Aparte.)* ¡Este debe ser ese seminarista neurasténico que dicen que es tan rico!

ARCADIO.—*(Que acaba de coger el espejo y dejarlo en su sitio.)* ¡Ay, pero siéntese usted, por Dios, que no había reparado!

AURORA.—¿Se ha hecho usted mucho daño?

ARCADIO.—No, un poco; no es cosa... ¡Lo que siento es el ridículo! No sabe usted, señorita, el disgusto que tengo de que me haya usted visto con la lengua fuera. Y luego, que también me molesta mucho ponerme a hablar por primera vez con una persona y tener que hablar mal.

AURORA.—No; ya me hago cargo. Pero por lo visto es que es usted un poco aprensivo, ¿no?

ARCADIO.—No, no es aprensión. Es que estoy muy enfermo, señorita.

AURORA.—¿Enfermo?... Pues si no he visto mal, la lengua la tenía usted bastante limpia.

ARCADIO.—No, quiá..., que no se ha fijado usted bien; si tengo una ráfaga central, que mire usted por aquí... *(Le enseña la lengua.)* ¿Ve usted qué saburra?

AURORA.—Sí, es verdad; un poco, un poco... ¿Y qué es lo que usted padece?

ARCADIO.—Ay señorita, ¿que qué padezco? Pues padezco una neurastenia horrible.

AURORA.—*(Con asombro.)* ¡Neurastenia! ¡Oh, qué casualidad!

ARCADIO.—¿Por qué?

AURORA.—¡Porque hace mucho tiempo que también esa enfermedad es mi martirio, mi tormento!

ARCADIO.—¿De veras? ¿Pero la padece usted?

AURORA.—Como que hace un año que no me la puedo quitar de encima.

ARCADIO.—¡Un año! ¡Ay qué dichosa, qué dichosa enfermedad! Pues yo tampoco sé ya qué hacer ni qué tomar, señorita; con decir a usted que he tenido que salir del seminario.

AURORA.—¡Ah! ¿Pero estudiaba usted para sacerdote?

ARCADIO.—Sí, señora; como que estoy para que me ordenen de un momento a otro.

AURORA.—¡Qué lástima!

ARCADIO.—¿Qué?

AURORA.—Que qué lástima haberlo tenido que dejar ya tan adelantado.

ARCADIO.—Ya lo creo. Y diga usted, señorita, si no es indiscreción: ¿a usted, cómo le empezó la enfermedad? Usted perdone que se lo pregunte; pero consuela tanto hablar de nuestros sufrimientos con quien los comprende...

AURORA.—No hay nada que una tanto a dos almas como padecer igual dolor. ¿Verdad?

ARCADIO.—Nada. *(Coge una silla y se sienta al lado.)* Tiene usted razón, nada. *(Aparte.)* ¡Qué simpática es! *(Alto.)* ¿Y diga usted, con qué fenómenos empezó usted?

AURORA.—*(Vacilante.)* ¿Yo? Pues..., pues empecé con unos fenómenos que me dijo el médico que no le gustaban.

ARCADIO.—¿Se alarmaría usted mucho?

AURORA.—No, porque, vamos, como los fenómenos no suelen gustarle a nadie, no me extrañé mucho; pero a los pocos días me dió una crisis que empecé a reírme sin motivo, y de poco me muero... de risa.

ARCADIO.—Como yo, como yo... *(Acerca más su silla.)*

AURORA.—Y otras veces me da por llorar y lloro por nada...

ARCADIO.—*(Se acerca más.)* Como yo, como yo...

AURORA.—¡Y cuántos días, ¡cuántos!, me levanto con una tristeza muy grande! Imagino, ¿qué sé yo?..., que nadie me quiere..., y entonces siento allá, muy en lo hondo de mi alma, así como un vago deseo de ser amada, de que me quieran, de que me mimen como a una niña.

ARCADIO.—Como yo, como yo...

AURORA.—¿También?

ARCADIO.—No, digo que como yo, como yo sigo la

carrera eclesiástica, ese fenómeno no lo he padecido. *(Pausa.)* ¿Y usted, cuando la da la crisis, no ha notado un cosquilleo que la corre por aquí y al llegar aquí la da una sacudida?

AURORA.—¿Por dónde dice usted?

ARCADIO.—El cosquilleo es por..., por..., ¿no sé si atreverme?

AURORA.—Sí, señale usted, señale usted.

ARCADIO.—Por esta región... *(Señala el principio de la espalda.)* Y la sacudida aquí, pasado el temporal.

AURORA.—No; ya pasado el temporal no he sentido nada. ¡Pero si viera usted cuántas veces quiero respirar y el aire no me pasa de aquí! *(Señalándose el pecho.)*

ARCADIO.—¡No pasarla de aquí! ¡Qué tonto!, ¡qué síntoma más tonto!

AURORA.—Es que yo no podré curarme jamás.

ARCADIO.—¿Por qué?

AURORA.—¡Porque mi vida es tan triste!... ¡Una vida opaca, fría, sin ideal!... Y luego, no teniendo un alma hermana que nos comprenda, ¿para qué vivir?... Sólo el rezo me consuela algunas veces.

ARCADIO.—Señorita, por Dios, ¿cómo desvanecería yo ese negro pesimismo? No rece us..., digo, bueno, rece usted; pero no piense en esas cosas.

AURORA.—Rezo, porque rezando siento verdaderas alucinaciones místicas; me acuerdo de Santa Teresa y pienso en ser monja.

ARCADIO.—¿Monja?

AURORA.—¡Monja, sí!... ¡Oh, qué alegría! Vivir en un convento humilde de claustros silenciosos; tener una celda blanqueada con una ventana por la que vea un pedazo de huerta alegre y un trozo de cielo azul en el que vuelen palomas blancas. ¡Plegar las manos y elevar los ojos al cielo paseando por entre los altos cipreses del jardín conventual! ¡Qué delicia! *(Arcadio se echa una píldora a la boca y se la traga haciendo un pequeño esfuerzo.)* ¿Qué ha sido?

ARCADIO.—Ferroarseniato de sosa. Una píldora.

AURORA.—¡Ser monja!... ¡Oh, qué alegría! *(Llora de enternecimiento.)*

ARCADIO.—¿Pero llora usted?...

AURORA.—No haga usted caso de mis lágrimas.

ARCADIO.—¿Que no haga caso?... ¡Oh! *(Pausa.)*

AURORA.—¿En qué piensa usted?

ARCADIO.—¿Yo?..., pues en nada, en... *(Se oyen campanadas.)* Una media. *(Aurora baja instintivamente sus faldas.)* Deben ser las tres y media. En fin, con permiso de usted me levanto, y me levanto porque me siento, me siento invadido por dos emociones, dos emociones de las cuales una...

AURORA.—¿Está usted nervioso?

ARCADIO.—Una me agita y otra..., otra me conmueve profundamente.

AURORA.—Un favor antes de irse.

ARCADIO.—Diga usted.

AURORA.—¿Su nombre?

ARCADIO.—Arcadio.

AURORA.—Gracias.

ARCADIO.—¿Y el de usted?

AURORA.—Aurora.

ARCADIO.—¡Aurora! ¡Anuncio de luz!..., ¡preludio del día!

AURORA.—Arcadio.

ARCADIO.—¿Qué?

AURORA.—Cuando vuelva usted al seminario, recuérdeme alguna vez como se recuerda a una pobre hermana ausente y enferma.

ARCADIO.—Aurora, no la olvidaré nunca. Voy a coger, con permiso, unos libros...

AURORA.—¿De devoción?

ARCADIO.—El «Eclesiastés»». Dieciséis tomos. *(Los coge y se los coloca torpemente sobre los brazos.)* Adiós, he tenido una verdadera satisfacción. *(Hace una reverencia y se le escurren los libros.)*. ¡Caramba, el «Eclesiastés» por el suelo!

AURORA.—*(Se levanta diligente.)* ¡Deje usted, yo se los cogeré!

ARCADIO.—Pero por Dios, no se moleste. Tantísimas gracias.

AURORA.—¿Se los pongo aquí? *(Sobre los otros.)*

ARCADIO.—Sí, aquí, y no dude usted, señorita, que el haberla conocido es para mí motivo de alegría.

AURORA.—*(Leyendo en el lomo de un libro.)* Tomo segundo... ¿Pongo éste?

ARCADIO.—Ponga ese otro. Y no dude, Aurora, que si adivina mi deseo...

AURORA.—*(Leyendo otro libro.)* ¿Tomo cuarto?

ARCADIO.—Bueno, póngalo. Así. Muchas gracias. Adiós, Aurorita. El Altísimo querrá aliviar nuestros males y El haga que cuando volvamos a vernos nos veamos como... *(Se ve en la cortina la silueta de un soldado y una criada que se paran a hablar y se hacen carantoñas y retozan libremente.)* ¡Santo Dios! ¡Qué bárbaros!

AURORA.—¿Entorno?

ARCADIO.—Cierre, cierre... *(Vase apresuradamente puerta izquierda. Se oye el ruido de los libros que se le caen.)*

ESCENA VIII

AURORA, DOÑA LUZ y DON SILVIO, que salen primera derecha.

DOÑA LUZ.—*(Cogida a la mano de Don Silvio.)* No; déjeme usted..., lo quiero, lo necesito, es un deber.

DON SILVIO.—*(Rechazándola cariñosamente.)* ¡Pero por Dios, señora!

DOÑA LUZ.—Sí, quiero besar a usted las manos, que son las de un santo, las de un bienhechor.

DON SILVIO.—Nada, señora, hago lo que debo. La historia de usted me ha conmovido profundamente.

DOÑA LUZ.—En fin, desde hoy queda entablada entre nosotras una deuda de gratitud. Y usted no sabe lo que soy yo para toda clase de deudas. De modo que reasumiendo, quedamos en que...

DON SILVIO.—Quedamos en que su hijo de usted se quedará aquí con un destino mejor.

DOÑA LUZ.—¡Oh amigo don Silvio!

DON SILVIO.—*(Muy confidencial.)* ¡Y respecto a lo de Aurorita, es un caso tan extraño!... Porque usted dice que está segura de que ella está enamorada.

DOÑA LUZ.—Segurísima. Y que lo está de un hombre que ella juzga imposible: y de ahí su tristeza; por eso yo quisiera que usted hablase largamente con ella.

DON SILVIO.—Tal vez es lo mejor.

DOÑA LUZ.—Usted, como hombre de mundo, con su talento puede investigar, penetrar en su alma, arrancarle su secreto...

DON SILVIO.—Entonces, como hemos quedado, a la noche, con todo el recato posible, para evitar hablillas de vecindad, iré a su casa de usted.

DOÑA LUZ.—Gracias, muchas gracias. *(Le da las manos.)*

DON SILVIO.—*(A Aurora.)* Y usted perdone, señorita, el tiempo que la hemos tenido sola.

AURORA.—No, no sé cuánto ha sido.

DOÑA LUZ.—Ella siempre tiene distracción, ¿no la ve usted el rosario en la mano?

DON SILVIO.—¡Pobre niña!

DOÑA LUZ.—Eduquéla en esos principios.

DON SILVIO.—*(Se sienta en su mesa de despacho.)* Pues nada, voy a ponerle a usted esa tarjeta y le dice usted a su hijo que vaya con ella al Ayuntamiento y me traiga luego la contestación que le den.

DOÑA LUZ.—Perfectamente... *(Don Silvio se sienta y escribe. Luego encierra la tarjeta en un sobre al que pone dirección. Muy bajito, a Aurora.)* ¡Qué hombre! ¡Aquí está nuestra fortuna!

AURORA.—¡Calla! Lo que siento es que tenga que venir aquí mi hermano.

DOÑA LUZ.—¡Qué remedio!

AURORA.—¿A ver si se lleva algún abrigo del perchero?

DOÑA LUZ.—Sería para matarlo.

AURORA.—Y que nos lo estropeaba todo.

DOÑA LUZ.—Tú adviérteselo.

DON SILVIO.—*(Alto. Levantándose.)* Aquí está, puede entregarla cuando quiera.

DOÑA LUZ.—Tantísimas gracias.

DON SILVIO.—Con que, amiga mía, de ustedes es esta casa y mi amistad inquebrantable para ahora y para siempre.

DOÑA LUZ.—¡Ay don Silvio, yo no sé cómo pagarle!

DON SILVIO.—Y usted, Aurorita, no me guarde rencor si por mi culpa sigue encadenada a este poblacho triste.

AURORA.—¿Rencor? Haré lo que ustedes manden. Mi vida es de los que me quieren.

DOÑA LUZ.—Que tengas juicio es lo que te mandamos, y que mires a este hombre, que es nuestro bienhechor, como a un sacerdote, como a un confesor, como a un padre.

CRIADO.—*(Entrando por la izquierda.)* Señor...

DON SILVIO.—¿Qué pasa?

CRIADO.—Don Rodrigo está ahí.

DOÑA LUZ.—Ay, nosotras nos retiramos. Vamos, hija.

DON SILVIO.—No; no hace falta. Dile que pase. *(Vase el Criado.)* Es un amigo íntimo, un compañero de la niñez. Un buen hombre de mal genio, ya verá usted.

ESCENA IX

DICHOS y DON RODRIGO, por la izquierda.

DON RODRIGO.—*(Es un señor pulcramente vestido, pero un poco a la antigua. Cara de mal genio. Habla ásperamente. Representa cincuenta y seis o cincuenta y ocho años. Viene hablando desde dentro.)* Pues ya lo creo que pasaré, ¡no faltaba más! No necesito que tú me lo digas. ¡Vaya con el majadero! *(A Don Silvio, entrando.)* Podías decirle a ese imbécil... *(Al ver a las señoras.)* ¡Ah! *(Sa-*

luda.) A los pies de ustedes. Creí que estabas solo, porque como aquí no le advierten a uno nada...

DON SILVIO.—*(Presentándolos.)* La señora y la señorita de Molina.

DON RORIGO.—¿De qué?

DON SILVIO.—De Molina.

DON RODRIGO.—Desde el catarro no se te entiende una palabra. Muy señoras mías.

DON SILVIO.—Mi amigo Rodrigo Galán de Liorna.

DOÑA LUZ.—Muy señor nuestro. Ya tenía el gusto... Conocíle en cuanto vile.

DON RODRIGO.—¿A mí? ¿Y de qué me conocióme?

DOÑA LUZ.—*(A Aurora.)* ¿No te has fijado? Este es el señor de la paloma.

DON RODRIGO.—¿Cómo de la paloma?

DOÑA LUZ.—Digo, yo creo que será usted; al menos el aspecto simpático y la manera afable...

DON RODRIGO.—Gracias; pero eso de la paloma no lo asocio.

DOÑA LUZ.—¿Usted no vive en la costanilla de los Inválidos?

DON RODRIGO.—En efecto: uno, bajo, derecha, para lo que gusten. Una porquería de casa; pero en fin...

DOÑA LUZ.—¿Y no perdió usted el viernes una paloma azul gabino, con manchas blancas?

DON RODRIGO.—¡Acabáramos! Es verdad; pero como dice usted paloma y es palomo.

DOÑA LUZ.—Usted perdone, ignoraba el pormenor; pues el animalito, como unas servidoras vivimos enfrente, se metió en nuestro guardillón, y yo dije a la niña: «Uno de estos días se lo llevaremos a ese señor militar tan simpático», y digo militar, porque según se murmura, usted es de caballería.

DON RODRIGO.—Se murmure o no se murmure, comandante retirado.

DOÑA LUZ.—Por muchos años, Caballería, como tu abuelito. Pues ya tendré el gusto de restituir a usted su simpático volátil.

DON RODRIGO.—Cuando usted guste, y quedo muy

agradecido por la hospitalidad dispensada a mi evadido palomo.

DOÑA LUZ.—No hay de qué. Con que, don Silvio, nos vamos, que si no la postdata va a ser más larga que la carta; que hay casas que entra una como para cinco minutos y luego se pega la hebra y no sabe una darse cuenta del tiempo que dilapida o, por mejor decir, se le va de entre las manos. Beso a ustedes las respectivas.

DON SILVIO.—Adiós, doña Luz, hasta luego. *(A Aurora.)* A los pies de usted, señorita.

DON RODRIGO.—Servidor.

DOÑA LUZ.—Honradísimas. *(Hacen una reverencia y desaparecen.)*

ESCENA X

DON SILVIO y DON RODRIGO

DON RODRIGO.—Eso último, ¿por quién lo habrá dicho?

DON SILVIO.—Te advierto que no son lo que parecen. Se juzga a las personas con una ligereza verdaderamente punible, Rodrigo.

DON RODRIGO.—¿Eso es una inculpación?

DON SILVIO.—No, hombre; es un juicio mío...

DON RODRIGO.—¡Ah, creía!... Pues oye a todo el mundo y verás lo que dicen de esas dos individuas: que son dos pájaras de cuenta. Pero en fin, demos de mano al asunto, que en nada me interesa, y a lo que vengo, vengo. Estaba deseando que nos dejasen solos.

DON SILVIO.—¿Pues qué pasa?

DON RODRIGO.—Con tu permiso voy a cerrar la puerta. *(Cierra la puerta izquierda.)*

DON SILVIO.—¿Pero qué sucede?

DON RODRIGO.—Vengo a que tratemos de un asunto grave y muy serio.

DON SILVIO.—¿Muy serio?

DON RODRIGO.—Muy serio para un hombre serio como yo; quizá tú lo juzgues una botaratada.

DON SILVIO.—Empiezas molestándome; pero, en fin, tú dirás.

DON RODRIGO.—Te advierto, Silvio, que el asunto es decisivo para mi dignidad hasta el punto de que no alzaré mano de él sin que quede mi buen nombre alto, limpio y reluciente como el mismo sol.

DON SILVIO.—¡Canario, me alarmas! ¿Pues de qué se trata?

DON RODRIGO.—Vas a saberlo. Silvio, vengo del Casino.

DON SILVIO.—Muy bien.

DON RODRIGO.—¿Tú le has dicho a Telesforo, el conserje, que mi perra fué la que hizo indispensable el serrín en la Sala de Juntas el viernes por la tarde?

DON SILVIO.—¡Ah!, ¿pero era este el asunto decisivo para tu dignidad?

DON RODRIGO.—Contesta concretamente: ¿has sido tú el que has dicho que mi perra...?

DON SILVIO.—*(Riendo.)* ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!

DON RODRIGO.—¡Silvio, no añadas la mofa al serrín!

DON SILVIO.—Vamos, hombre, tú no estás en tu juicio. Parece mentira que esas tonterías...

DON RODRIGO.—Ah, ¿pero tú le llamas a eso tontería?...

DON SILVIO.—¿Y cómo lo voy a llamar para no ofenderte?

DON RODRIGO.—Silvio, no abuses de mí, no abuses de una amistad, cincuenta años consecuente y cincuenta años leal, por mi parte.

DON SILVIO.—¿Y por la mía no?

DON RODRIGO.—¡No, y cien veces no! Porque no doy un paso en la vida sin que la realidad me ponga de manifiesto tu ingratitud y tus desprecios.

DON SILVIO.—¡Rodrigo!

DON RODRIGO.—Sí..., porque hora es ya de que

te lo diga todo; además de lo de la perra, también he averiguado en el Casino otra cosa, que de no tenerte la consideración que te tengo, sería motivo de un grave disgusto. *(Toca el timbre que hay sobre el velador.)* Me han dicho que te marchas a París, ¿es cierto?

DON SILVIO.—Sí, he pensado llevarme a mi sobrino Arcadio para que le vea un especialista.

DON RODRIGO.—Ayer, cuando yo estuve aquí lo sabías.

DON SILVIO.—No, hombre, si lo he pensado esta mañana, ¿cómo iba a saberlo?

DON RODRIGO.—Lo sabías y me lo ocultaste.

DON SILVIO.—Que no, hombre, ¿por qué te lo iba a ocultar?

DON RODRIGO.—Lo sabías y me lo ocultaste.

CRIADO.—*(Por la izquierda.)* ¿Llamaban los señores?

DON RODRIGO.—Tráigame usted mi vaso de leche con mis bizcochos. Que no estén tan duros como los de ayer.

CRIADO.—Bien, señor. *(Vase.)*

DON RODRIGO.—Lo sabías y me lo ocultaste; y esa falta de confianza, esa incorrección, esa grosería, que todas las cosas tienen su nombre...

DON SILVIO.—Rodrigo, te suplico...

DON RODRIGO.—Grosería, sí, señor; pues esa grosería se le puede tolerar a cualquiera; pero a un amigo, a un amigo íntimo, jamás. ¿Qué amistad es ésta que me han de enterar en el Casino de lo que haces y de lo que piensas? Ocultarme tus cosas es ponerme en ridículo.

DON SILVIO.—¡Pero Rodrigo!

DON RODRIGO.—Pero hay más. ¿Tú crees que yo no me fijo en los detalles? ¿Tú crees que no es una incorrección repugnante esto de esconderme la caja de los cigarros?

DON SILVIO.—Pero, hombre, si la tienes aquí. *(En la mesa de despacho.)*

DON RODRIGO.—¡No la había visto! *(Coge un puro y se guarda otro.)*

DON SILVIO.—Pues fíjate, antes de molestar a nadie; porque todas tus cosas son por el estilo.

DON RODRIGO.—Tampoco el que uno se equivoque es motivo para que le chillen.

DON SILVIO.—Es que estoy harto ya, Rodrigo.

DON RODRIGO.—¡Más harto estoy yo!

DON SILVIO.—Es que estoy harto ya de que me zarandees y me maltrates en una forma tan molesta y tan injusta. *(Entra el Criado y sirve la leche. Don Rodrigo se sienta a tomarla de espaldas a la derecha del actor, por convenir al juego escénico.)*

DON RODRIGO.—¿Molesta, injusta?... El que una amistad fraternal se resienta de las ingratitudes, ¿cuándo ha sido injusticia ni molestia?... ¡Es lo que me quedaba que oír! ¿Y me lo dices eso a mí?... ¿A mí, que durante cincuenta años, con nieves, con fríos, con escarchas, con sol abrasador, con todas las calamidades, no he faltado ni un día, ni un solo día, a que me den de merendar en esta casa? ¡Y no lo agradecen! Con cualquiera que no fuese amigo tendría alguna tolerancia; a ti no te paso ni tanto así. *(Moja bizcochos y se los come.)*

DON SILVIO.—Mira, Rodrigo, hoy estás fatal; y como no quiero que tengamos un choque violento...

DON RODRIGO.—A mí me es indiferente.

DON SILVIO.—A mí no, por lo tanto... *(Vase por la primera derecha sin que Don Rodrigo advierta su mutis.)*

DON RODRIGO.—Son muchas, muchas cosas las que me haces, porque ahora me vas a contestar a una sola pregunta: ¿Tú crees que es tolerable que haya encontrado yo aquí a esa señora y a esa señorita a quien en el pueblo conocen con el remoquete de «las once», y no sepa yo a estas horas por qué han venido? Contesta. *(Pausa.)* ¿Callas? Callas porque te arguye la conciencia. Ya sabía yo que te haría callar. Eso me demuestra que no te has ido de la razón..., y no te has ido porque... *(Al ver que está solo.)* ¡Canario! ¿Se

ha ido? ¿Pero es que se ha ido?... ¡Ah, pues esto no, esto sí que no! ¡Este desprecio es la gota de agua que hace rebosar el vaso! *(Toca el timbre.)* ¡No lo tolero! ¡Me vengaré cumplidamente! ¡Basta de humillaciones! *(Coge dos o tres puros de la caja.)*

CRIADO.—*(Entrando.)* ¿Qué manda el señor?

DON RODRIGO.—Dígale usted al señorito que hemos concluído para siempre..., que no pienso ensuciar las suelas de mis zapatos en...

CRIADO.—¿Lo mismo de ayer?

DON RODRIGO.—Con una agravante. Le añade usted que ahora mismo le traerán de mi casa la copa de leche que me he tomado.

CRIADO.—Está bien.

DON RODRIGO.—¡Adiós! Qué amiguitos, ¿eh?... ¡Valientes amiguitos! *(Hace mutis por la izquierda hablando hasta perderse su voz.)* Cincuenta años con sol, con lluvia, con calor, con frío..., sin faltar un día a merendar a esta casa... ¡Y me pagan de esta manera!

ESCENA XI

UN CRIADO y DON SILVIO.

DON SILVIO.—*(Saliendo por la primera derecha.)* ¿Se fué?

CRIADO.—Va echando venablos.

DON SILVIO.—¿Qué te ha dicho?

CRIADO.—Lo de ayer.

DON SILVIO.—Y lo de todos los días; he ensayado doscientas cosas y el único remedio eficaz para terminar las peleas es dejarlo solo. Se enfada horriblemente y vuelve por la noche.

CRIADO.—Antes de anochecido estará aquí.

DON SILVIO.—Mira, sube a la sala de billar y diles a los señores que bajen en seguida. *(Vase el Criado por la segunda derecha. Volviendo a salir después para recoger el servicio de la leche, que*

se lleva por la izquierda.) ¡Jesús, menuda lata la de Rodrigo!... Con la impaciencia que tengo por contarles a esos...

ESCENA XII

DON SILVIO, VARGAS, CANALES, OLÍAS y CAMPITOS.

LOS CUATRO.—*(Al mismo tiempo. Saliendo.)* ¿Qué tal, qué tal?

DON SILVIO.—Coser y tararear, que dijo el clásico.

CANALES.—¡Eres formidable!

CAMPITOS.—Inmenso!

VARGAS.—¡Ateniense!

OLÍAS.—¿Y han estado hasta ahora?

DON SILVIO.—No, quia; es que he tenido también a Rodrigo dándome un latazo horrible.

VARGAS.—¿De modo que ellas?

DON SILVIO.—Como una seda. La madre me ha contado su historia. ¡Un folletín! Y además, fijaros en esto, he sido nombrado consejero de la hija.

TODOS.—*(Ríen.)* ¡Ja, ja, ja!

VARGAS.—¡Colosal!

DON SILVIO.—«Mot de la fin.» Esta noche he quedado en ir a visitarlas.

CANALES.—¿Pero es posible?

OLÍAS.—¡Estupendo!

CAMPITOS.—¡Pues di que ni el rápido!

DON SILVIO.—¿Os dije antes que la conquista era cosa de cinco días?

OLÍAS.—Cinco.

DON SILVIO.—Pues ¡dos!

CANALES.—¡No eres nadie!

VARGAS.—¡Qué bárbaro! *(Le abrazan.)*

CANALES.—¡Apabullas!

ESCENA XIII

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO.—*(Por la izquierda.)* Señor..., señor... *(Con inquietud)*

DON SILVIO.—¿Qué pasa?

CRIADO.—*(Como titubeando.)* Pues que..., que...

DON SILVIO.—Pero ¿qué pasa, hombre?

CRIADO.—Pues que acaba de llegar esa señorita de negro que ha estado antes.

DON SILVIO.—*(Estupefacto.)* ¿Qué?

LOS CUATRO.—*(Asombrados.)* ¿Cómo?

DON SILVIO.—¿Pero esa señorita que?...

CRIADO.—Sí, la misma señorita de antes; viene así como un poco agitada.

DON SILVIO.—¿Agitada?

LOS CUATRO.—¿Qué será?

DON SILVIO.—¿Pero viene con su mamá?

CRIADO.—No señor, viene sola.

DON SILVIO.—*(Con asombro.)* ¿Sola?

LOS CUATRO.—*(Idem.)* ¿Sola?

CRIADO.—Sola; y dice que desea ver al señor con toda urgencia.

VARGAS.—¡Atiza!

DON SILVIO.—¿Qué querrá?

CANALES.—¿Qué será esto?

DON SILVIO.—¿Qué hago?

VARGAS.—Recíbela en seguida.

DON SILVIO.—Dila que pase. *(Vase el Criado.)* Y vosotros ahí dentro, quietos en silencio.

CAMPITOS.—Vamos, vamos. *(Mutis por el segundo derecha.)*

DON SILVIO.—¿A qué vendrá?... ¿Ella aquí? ¿Volver sola?

ESCENA XIV

DON SILVIO y AURORA, por la izquierda; luego, ARCADIO, al paño

AURORA.—*(Entra y queda de pie ante la puerta con la cabeza baja.)*

DON SILVIO.—Aurora, Aurorita...; ¿pero qué felicidad es ésta? ¿Cómo usted aquí otra vez?

AURORA.—No sé..., no sé... *(Se la oye sollozar.)*

DON SILVIO.—¡Pero Aurora!...

AURORA.—Perdón, perdón. *(Llorando.)* ¡Sé que no podía, que no debía venir!... ¡Estoy emocionadísima!

DON SILVIO.—¡Por Dios, Aurorita; ante todo, siéntese, siéntese y descanse! Está usted muy agitada.

AURORA.—¡Ay, sí, mucho!... Esto es una locura...

DON SILVIO.—Pero cálmese primero; tome una silla.

AURORA.—¡No, por Dios, sentarme no! No dispongo más que de un minuto. ¡Si mamá supiera esto!

DON SILVIO.—¿Pero no sabe que está usted aquí?

AURORA.—¡Por Dios, calle usted! ¿Cómo iba a estar si ella lo supiera? ¡Qué disgusto tan horrible! ¡No quiero pensarlo!

ARCADIO.—*(Se asoma a la primera derecha, oculto en la cortina.)* ¡Ella aquí!... ¡Y con mi tío!

DON SILVIO.—Vamos, Aurorita. Ante todo, tranquilícese usted. Está usted en casa de un caballero; y luego, dígame con toda franqueza, con toda sinceridad, qué desea de mí. No dude que habla a su mejor amigo.

AURORA.—Gracias, muchas gracias. Así lo creo, por eso he venido. Pues, nada, don Silvio; que yo, segura, no sé por qué, de que es usted persona que nos querrá y nos protegerá siempre...

DON SILVIO.—Puede usted jurarlo.

AURORA.—¿Verdad que sí?

DON SILVIO.—Sin duda alguna.

AURORA.—¡Estamos tan solas!

DON SILVIO.—¡De hoy en adelante, no!

AURORA.—Pues creyendo eso no he vacilado en venir a pedir a usted un favor, un favor inmenso.

DON SILVIO.—Está concedido.

AURORA.—Por Dios, don Silvio; si es usted hombre de honor, no me lo niegue. Depende de él mi vida, mi felicidad, mi honra tal vez.

DON SILVIO.—Diga usted lo que desea.

AURORA.—Pues que influya usted para que el traslado de mi hermano se haga efectivo.

DON SILVIO.—¡Aurora!

AURORA.—Sí..., que no atienda usted a mi mamá. Es preciso que nos vayamos de aquí. Quiero irme de este pueblo.

DON SILVIO.—¿Pero por qué motivo?

AURORA.—Perdone usted que me lo calle. Es un misterio de mi alma.

DON SILVIO.—Entonces lo que sospecha su madre de usted de que un secreto amor la preocupa, ¿es cierto? *(Pausa.)* Confiésemelo usted. *(Aurora baja los ojos.)* ¿Es cierto?

AURORA.—Es cierto. ¡Sí!

ARCADIO.—*(Desde la cortina.)* ¿Qué dicen?

DON SILVIO.—¿Y quién es el hombre feliz a quien usted ama?

AURORA.—¡Ah, no; eso no!... Me voy, me voy, quiero irme.

DON SILVIO.—*(La detiene.)* Pero dígame usted antes su nombre.

AURORA.—No, eso no; es una insensatez, una locura. Es un hombre imposible para mí.

ARCADIO.—*(Desde su escondite.)* ¿Qué?

DON SILVIO.—¿Cómo se llama?

AURORA.—Eso, jamás.

DON SILVIO.—¿Le conozco yo? ¿Conozco yo a ese hombre?

AURORA.—Mucho.

DON SILVIO.—¿Ha hablado usted con él muchas veces?

AURORA.—Una sola.

ARCADIO.—¡Dios mío!
DON SILVIO.—Su nombre, su nombre...
AURORA.—Jamás.
DON SILVIO.—¿Por qué?
AURORA.—A usted menos que a nadie. *(Sale corriendo.)*
DON SILVIO.—*(Siguiéndola.)* Aurora... Aurora... *(Vase.)*
ARCADIO.—¡Jesús divino! ¡Indudablemente soy yo! ¡La he vuelto loca! ¡Me ama! ¡Pobre niña! *(Mutis.)*
DON SILVIO.—*(Apareciendo.)* Ha huído.
LOS CUATRO.—*(Desde la segunda derecha.)* ¡Bravo, bravo!
DON SILVIO.—¿Escuchasteis?
LOS CUATRO.—¡Todo!, ¡todo! ¡Bravo, bravo!
DON SILVIO.—¡Callad, que pasa!... *(Se ve sobre la cortina la silueta de Aurora que pasa de izquierda a derecha.)* ¡Miradla! ¡Es mía!
VARGAS.—¡Formidable!
CAMPITOS.—¡Estupendo!
CANALES.—¿Por qué no condecorarán esto?
DON SILVIO.—¡Es mía! ¡Es mía!
VARGAS.—¡Viva Silvio!
LOS CUATRO.—*(Con alegría.)* ¡Vivaaa!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. El aparato de luz del centro de la habitación está encendido, y también lo estará sobre la mesa de despacho una lámpara elegante con pantalla verde. Han desaparecido las cortinas de las rejas, y por ellas se ve la calle iluminada por la luna.

ESCENA PRIMERA

ARCADIO; después, un CRIADO; luego, PEDRITO.

ARCADIO.—*(Vestido con un traje gris muy elegante, y ostentando un precioso y fino bigote rubio, está junto a la puerta de la izquierda, como atento a percibir algún ruido que le intranquiliza.)* No, no es nada. Creí que venía alguien. Estoy que no vivo. Seguiré escribiendo la carta. *(Se sienta y escribe.)* «...Y no es, Aurora, mi vocación, una vocación torcida por una pasión encendida en la llama...» *(Leyendo.)* Vocación, pasión, torcida, encendida... Son muchas consonancias; y luego esta torcida tan cerca de la llama, me hace un poco ridículo. A ver si cambiando el giro... *(Escribe.)* «...porque crea usted, Aurora, que mi vocación torcida, tuvo en la llama...» *(Leyendo.)* Torcida..., tuvo... Sí, esto tiene más claridad, pero no me resulta elegante. Nada, que no me sale la cartita... *(Sobresaltado, se levanta.)* Calle, parece que... ¡No, no era nada! Pero no sigo. Es inútil que lo intente. ¿Cómo me va a salir la carta si la turba-

ción de mi espíritu es verdaderamente caótica? ¡Si hace un mes que no vivo! *(Dan dos golpecitos en la puerta de la izquierda.)* ¡Llaman! ¿Quién?

CRIADO.—*(Dentro.)* Soy yo, señorito.

ARCADIO.—*(Abre.)* ¿Qué hay, Francisco?

CRIADO.—Un señor joven que desea ver a usted.

ARCADIO.—¿A mí?

CRIADO.—Y me ha dado esta tarjeta.

ARCADIO.—A ver. *(Leyendo.)* «Pedro Navachescas.» ¡Ah! ¡Pedrito! ¡El, aquí! Ha querido venir personalmente: ¡qué bueno es! *(Al Criado.)* Dile que pase, que pase en seguida... *(Vase el Criado.)* ¡Pedro, Pedrito aquí! ¡Qué alegría! Mi compañero del Seminario, mi hermano del alma; ¡un sabio presente, un santo futuro! Le escribí contándoselo todo, consultándole; me extrañaba su tardanza en la respuesta y era que el pobre quería venir personalmente a esclarecer las tinieblas de mi alma.

CRIADO.—*(Dentro.)* ¡Por aquí, señor!

PEDRITO.—*(Entrando.)* ¡Arcadio! ¡Arcadio!

ARCADIO.—¡Pedrito! *(Se abrazan muy efusivamente.)* ¿Tú aquí?

PEDRITO.—«Alter ego est verus multus que probatus amicus.»

ARCADIO.—*(Volviendo a abrazarle.)* «Bealus qui invenit amicum verum.» ¿De modo que has querido...?

PEDRITO.—Sí, chico, de paso para el Seminario, donde pronto empieza el curso, he querido venir yo mismo.

ARCADIO.—¡Dios te lo pague! Confiaba en que no me negarías de tu sapiencia el resplandor, el efluvio; pero nunca conté con el foco, con el propio foco. *(Le abraza.)*

PEDRITO.—Arcadio, ya conoces mi aversión al proverbio: «Quod oculus non videt cuor non dolet.» Y yo he querido acercarme a tu pena para llorarla contigo. «Periculum amicus probat.»

ARCADIO.—Gracias, Pedrito, muchas gracias; siéntate, *(Se sientan.)* No sabes el bien que me has

hecho con haber venido. Lo dice la frase popular: «Un alma sola, ni canta ni llora.»

PEDRITO.—Y lo repite el profeta: «Gaudium sine socio frigidum.»

ARCADIO.—Completamente «frigidum»; por eso, al ver que me tiendes el albo cíngulo de tu mansedumbre para librar a mi espíritu de la horrísona tempestad en que naufraga, permíteme que te diga: Salve, hermano, oye y guía.

PEDRITO.—A propósito de guía. Yo te noto algo extraño en la cara... *(Se fija.)* ¡Calle! ¿Pero es que te has dejado el bigote?

ARCADIO.—*(Bajando los ojos.)* Me lo he dejado, Pedrito.

PEDRITO.—*(Con asombro.)* ¡Jesús, y qué enhiesto lo llevas!

ARCADIO.—*(Abrumado.)* Es que me pongo cosmético.

PEDRITO.—¡Cosmético!... Arcadio, has olvidado a San Lupercio. «Laus in ore propio vilescit.»

ARCADIO.—¡Pero si me sale mocho! ¿Qué voy a hacer?

PEDRITO.—¡Pero cielos! ¿Qué veo?

ARCADIO.—*(Asustado.)* No sé, ¿qué te pasa?

PEDRITO.—¿Pero llevas raya en el pantalón?

ARCADIO.—Raya.

PEDRITO.—¡Y dos!

ARCADIO.—¡Una en cada pernera!

PEDRITO.—¡Y tres!

ARCADIO.—¿Tres?

PEDRITO.—¡Otra en la cabeza! ¡Jesús! ¡Oh, te veo como Narciso, enamorado de ti mismo! «Narcisus liquidis forman especulatum in undis, contemneus alios arsit amore sui.»

ARCADIO.—¡Qué quieres!, y fíjate... *(Saca un encendedor automático, intenta encenderlo y no puede; lo guarda.)*

PEDRITO—¡Hasta encendedor de los que no encienden!

ARCADIO.—Hasta eso. Ya te decía en la carta, Pedrito, que mi claudicación es completa, que mi apostasía es irredenta. *(Abrumado.)*

PEDRITO.—¡Hombre, por Dios, no te aflijas!

ARCADIO.—Sí, acabarás por despreciarme. ¡Soy un apóstata! ¡Un apóstata! *(Llora.)*

PEDRITO.—Arcadio, eres un recental extraviado del rebaño de Cristo, pero no eres un perdido.

ARCADIO.—No lo sé. Oyeme en confesión y juzga.

PEDRITO.—Habla.

ARCADIO.—Pedrito, tú conocías mi vocación. Yo no era un místico, era un asceta. Sobrio, parco, casto; pero llegó la maldita neurastenia, salí del Seminario, llegué a esta casa, conocí a esa mujer, me miró y...

PEDRITO.—No digas más: «Verus amor nullum novit habere modum.»

ARCADIO.—Sí, ¡pero qué modum!..., ¡qué modum de mirarme, Pedrito, dulce, suave, acariciador, penetrante..., letal! ¡Quise resistir..., imposible! ¡Quise huir de su lado..., todo inútil! Me tenía sujeto, atraído, fascinado. ¿Lo comprendes?

PEDRITO.—«Improbe amor, ¿qui non mortalis pectora cogis?»

ARCADIO.—¿Cogis?... Si tú la ves, ya lo creo que cogis... Cogis y recogis de su encanto, esa emanación, ese efluvio que expande, que difunde...

PEDRITO.—*(Con severidad.)* ¡Arcadio!

ARCADIO.—¡Perdona, pero es tan bella!

PEDRITO.—*(Sonriendo.)* ¿Tan bella es?

ARCADIO.—¡Un ensueño!... ¿Permites que te la describa?

PEDRITO.—Hombre, si no exageras...

ARCADIO.—Seré sobrio en el croquis. Es alta, esbelta, ni gruesa ni delgada... Su piel es blanca.

PEDRITO.—¿Alba?

ARCADIO.—Nívea. Su pelo es negro.

PEDRITO.—¿Fino?

ARCADIO.—Sédeo. Sus ojos, como dice el «Cantar de los Cantares», son claros, azules y serenos como las pesqueras del Esbón, cerca de la Puerta de Bat-Rabim. Todo ello es caricia, la mirada, la voz, el movimiento.

PEDRITO.—Arcadio. *(Se inquieta.)*

ARCADIO.—Todo en ella es tentación... La belleza, la armonía, la forma.

PEDRITO.—Arcadio, no olvides lo del apóstol... *(Se mueve con agitación.)* «Corpus mulieribus periculum.»

ARCADIO.—Y desde sus hombros mórbidos y redondos hasta sus mismos pies, hay unas curvas tan onduladas y tan acentuadas...

PEDRITO.—Arcadio... «Mulieribum periculum».

ARCADIO.—Con esas faldas tan estrechas que se llevan ahora...

PEDRITO.—*(Ya vacilante.)* Ar... Arcadio... Calla... «Mulieri..., peri..., periculum..., peri..., periculum...»

ARCADIO.—¿Lo ves?... Que no sales del «periculum»; ¡si a mí me pasó lo mismo!

PEDRITO.—No, Arcadio, pero si es que tú no dibujas, es que fotografías. Se ve con una claridad que...

ARCADIO.—No, Pedrito; es que cuando se te atraviesa una de esas trigueñas perniciosas, hasta el latín se te hace un estropajo, créeme a mí. Pues, ¿y su talle?... Su talle...

PEDRITO.—Bueno, no continúes; dibujitos no. Vamos a otra cosa, antes que se me olvide. ¿Dónde vive esa desgraciada?

ARCADIO.—Dos calles más abajo.

PEDRITO.—¿Más abajo de dónde?

ARCADIO.—De una plaza que hay ahí arriba. *(Aparte.)* Yo no se lo digo.

PEDRITO.—Enterado. ¿Cuántas veces has visto a esa mujer?

ARCADIO.—Dos.

PEDRITO.—¿Te consta que te ama?

ARCADIO.—Se lo he oído decir de un modo indirecto, pero preciso.

PEDRITO.—¿La has vuelto a ver?

ARCADIO.—No, porque hace un mes que la tienen encerrada.

PEDRITO.—*(Con asombro.)* ¿Encerrada?

ARCADIO.—Encerrada, sí..., porque, óyelo todo, Pedrito, que esto no me he atrevido a decírtelo

en la carta; lo hondo, lo profundo, lo subterráneo del problema de mi vida es...

PEDRITO.—¿Qué es?

ARCADIO.—Me da espanto decirlo.

PEDRITO.—¡Dios es misericordioso!

ARCADIO.—¡Es tan criminal!

PEDRITO.—¡Arcadio, me das miedo!

ARCADIO.—No sé si podré...

PEDRITO.—¡Animo!

ARCADIO.—Pues bien, Pedrito, la tienen encerrada porque cree la madre, porque cree todo el mundo que la chica está...

PEDRITO.—*(Aterrorizado.)* ¡Oh!

ARCADIO.—¡Que la chica está enamorada de mi tío!

PEDRITO.—*(Con tranquilidad.)* ¡Ah!

ARCADIO.—¿Lo comprendes todo?

PEDRITO.—*(Aparte.)* ¡Qué susto! *(Alto.)* De modo que te ama a ti y tu tío cree...

ARCADIO.—Que ha sido él el que la ha vuelto loca.

PEDRITO.—¿Y ante ese error?

ARCADIO.—Yo me he encerrado en un silencio profundo.

PEDRITO.—Pero ese silencio es criminal.

ARCADIO.—Y puede ser trágico; porque el hermano de esa mujer, engañado como los demás, ha jurado venir a pegarle un tiro a mi tío.

PEDRITO.—¡Ah, pues eso hay que evitarlo, hay que deshacer el error! Y si viniera ese hombre, es preciso, al verle con el arma en la mano, que tú te pongas delante de tu tío.

ARCADIO.—¿Yo delante?... De ninguna manera.

PEDRITO.—¿Por qué?

ARCADIO.—¿No dices que hay que deshacer el error?

PEDRITO.—Naturalmente.

ARCADIO.—Pues si me pongo delante el deshecho no es el error, es el cráneo.

PEDRITO.—Verdaderamente el caso es insólito.

ARCADIO.—Insólito y de policlínica.

PEDRITO.—¡Terrible!

ARCADIO.—¿Qué hago, qué hago en estas circunstancias?

PEDRITO.—El asunto es muy complejo; pero, sin embargo, yo creo que lo primero que se debe hacer es...

ARCADIO.—¡Calla!... *(Queda atento.)* ¡Sí!... ¡ellos!

PEDRITO.—¿Quiénes?

ARCADIO.—Mi tío, que llega con su secretario. Pasa a mi cuarto... A ver si allí damos con la solución...

PEDRITO.—¡Oye!... ¿Y qué te parece si yo pudiera hablar con esa mujer?

ARCADIO.—¿Tú con ella?

PEDRITO.—Piensa lo que dice el apóstol: «Utraque pars audienda antequam sententia feratur.»

ARCADIO.—Sí, pero ya sabes lo que le contestaron: «Ne quaquam.» Por aquí. *(Señalando la puerta segunda derecha.)*

PEDRITO.—Vamos. *(Vanse.)*

ESCENA II

DON SILVIO y CAMPITOS, por la puerta izquierda.

DON SILVIO.—*(Entrando.)* Pasa, Campitos, pasa.

CAMPITOS.—Chico, estoy reventado. *(Se sienta.)*

DON SILVIO.—Y yo.

CAMPITOS.—Esto es una verdadera paliza moral.

DON SILVIO.—Es espantoso, inaguantable. *(Pasea agitado.)*

CAMPITOS.—Ten calma.

DON SILVIO.—No puedo. Esto no es vida. ¿De modo que nada?

CAMPITOS.—Nada.

DON SILVIO.—¿No has podido darla mi carta?

CAMPITOS.—¿Cómo?

DON SILVIO.—¿No has podido verla?

CAMPITOS.—Imposible.

DON SILVIO.—¿De manera que sigue encerrada?
CAMPITOS.—Como en un castillo.
DON SILVIO.—Es desesperante.
CAMPITOS.—Brutal.
DON SILVIO.—¡Y así un mes! ¡¡Un mes!!
CAMPITOS.—Desde que la madre advirtió que querías conquistar a su hija y supo la inclinación de la muchacha hacia ti, ni puertas ni balcones han vuelto a abrirse en aquella casa. El hijo sale a hacer la compra por las mañanas, Rodrigo Galán va tres veces entre tarde y noche y nada más.
DON SILVIO.—*(Con tristeza.)* ¡Y yo que creí que esta aventura era cosa de cuatro días!
CAMPITOS.—Equivocaciones funestas.
DON SILVIO.—¡Qué ridículo! Habrá que oír lo que digan en el Casino.
CAMPITOS.—¡Uf... no quieras saberlo! ¡Un horror!
DON SILVIO.—¡Qué vergüenza!... Y a todo esto sin poder adelantar un paso!, ¡ni un paso!...
CAMPITOS.—¡Imposible!
DON SILVIO.—¿Pero no has logrado saber?...
CAMPITOS.—De ellas directamente, nada, pero de la vecindad he adquirido informaciones que prefiero callar. Tienen un aspecto de repugnancia que no..., y dada tu excitación...
DON SILVIO.—No, no por Dios. No me calles nada, te lo ruego, habla.
CAMPITOS.—Pues que creo que la madre la...
DON SILVIO.—¿La qué?
CAMPITOS.—La da cada paliza que la tunde.
DON SILVIO.—¡Qué brutalidad! Pero, ¿es posible?
CAMPITOS.—Y según me han dicho los vecinos, el hermano también la maltrata ferozmente.
DON SILVIO.—¡Qué crueldad! ¡Qué cobardía! ¡Miserables!... ¡Contra un ángel!... ¡Contra una pobre niña!
CAMPITOS.—Y me contó la portera que por lo que ella ha podido oír, la chica entre lamentos grita: que ni viva ni muerta, la arrancarán su amor.

DON SILVIO.—*(Muy conmovido y enérgico al mismo tiempo.)* ¿De veras?... ¡Ah!, pues no, no..., no es posible que esto continúe. Tolerarlo es una cobardía, una canallada, un crimen, que rechazan mis sentimientos de hombre y de caballero.

CAMPITOS.—Y ¿qué hacer?

DON SILVIO.—Qué sé yo; pero salvarla, sea como sea. Es preciso que acabe su martirio, no puedo vivir así ni un día más. ¿Qué hago, Campitos, qué hago?

CAMPITOS.—*(Adoptando una grave actitud, se levanta.)* Silvio, ¿quieres seguir mi consejo: un consejo leal, un consejo definitivo?

DON SILVIO.—Sí, dime.

CAMPITOS.—Abandónala.

DON SILVIO.—*(Aterrado.)* ¿Qué dices?

CAMPITOS.—Abandónala, Silvio.

DON SILVIO.—Jamás, no...

CAMPITOS.—¿Por qué?

DON SILVIO.—No puedo.

CAMPITOS.—Pero, ¿por qué?

DON SILVIO.—Ya es tarde.

CAMPITOS.—Pero ¿no habíamos quedado en que esto era una broma?

DON SILVIO.—Sí, pero... mi amor propio no me permite ya retroceder. *(Vacilante, como no sabiendo qué decir.)*

CAMPITOS.—¿Tu amor propio, o tu amor a secas?... Silvio, ¡hablemos con claridad!

DON SILVIO.—Mi amor propio, exclusivamente mi amor propio, ¿sospechas otra cosa?... ¡Qué disparate! Mi historia responde por mí. Te aseguro que la muchacha no me interesa: ¡no faltaba más!... Pero después del escándalo..., viendo a la pobre criatura martirizada..., hemos llegado a un punto que, dejarla, sería una indignidad. Luego cuando..., cuando la libre de su martirio, cuando... En fin, después ya veremos. Ahora no.

CAMPITOS.—Es que temo, Silvio, que esta aventura, pueda acabar trágicamente, la verdad

DON SILVIO.—Hombre, no exageres.

CAMPITOS.—Sí, porque no quiero ocultarte nada;

como el hermano ha jurado en público que te mataría, los compañeros de oficina, medio en serio, medio en broma han hecho un empréstito, para regalarle una «browing».

DON SILVIO.—¿Y... y lo han cubierto?

CAMPITOS.—Lo han cubierto y les ha sobrado para comprarle dos cajas de cápsulas.

DON SILVIO.—Ca... caray, pues es una broma de mal gusto.

CAMPITOS.—De mal gusto, y que yo temo, que enardecidos los ánimos, por cualquier incidente, una de estas bromas se convierta en veras.

DON SILVIO.—Y luego que ese mozalbete, creo que tiene un carácter...

CAMPITOS.—Es una pólvora.

DON SILVIO.—¡Pues es una gaita!

CAMPITOS.—¡Ya ves, y todo este tinglado, por una necia discusión del Casino!...

DON SILVIO.—¡El Casino! ¡El Casino! ¡Esa es mi obsesión, mi tortura! ¡Los chistes de Quiroga! ¡Las burlas de unos, las chacotas de otros!... ¡Lo pienso y no vivo!

CAMPITOS.—¡Oh, pues no puedes alcanzar la realidad! ¡Si oyeras a la gente!... En fin, eso Canales y Olías te lo contarán. Les he visto esta tarde.

DON SILVIO.—¿Y les dijiste que vinieran?

CAMPITOS.—Como tú me lo mandaste.

DON SILVIO.—En fin, adelante, Campitos, no desmayemos. Aún podemos triunfar. Tú con tu ingenio, inventa, combina, proyecta lo que quieras, algo extraordinario, diabólico: algo tuyo. Mil duros, dos mil..., lo que haga falta; pero que lea mi carta, ¿oyes?, ¡que la lea!... ¡Que no se rían de nosotros!

CAMPITOS.—*(Con decisión.)* ¡Ah, sí..., hay que hacer algo!

DON SILVIO.—Campitos, sírveme; y lo que te dé la gana...

CAMPITOS.—¡Basta! Tendrá tu carta. Sabrás de ella.

DON SILVIO.—¿Cuándo?

CAMPITOS.—Esta misma noche.

DON SILVIO.—¿Lo prometes?
CAMPITOS.—Lo juro.
DON SILVIO.—¿Qué vas a hacer?
CAMPITOS.—Lo que pueda. No sé. No me lo preguntes.
DON SILVIO.—Vete.
CAMPITOS.—Hasta ahora.
DON SILVIO.—No sabes cómo espero.
CAMPITOS.—Confía en mí.
DON SILVIO.—Gracias. *(Se dan la mano.)*
CAMPITOS.—*(Al irse y levantar la cortina de la puerta izquierda.)* ¡Hombre, aquí están ésos!
DON SILVIO.—¡Hola! Pasad, señores.
CAMPITOS.—Te dejo con ellos. Hasta luego. *(Vase.)*
DON SILVIO.—Adelante, adelante la buena gente.

ESCENA III

DON SILVIO, CANALES y OLÍAS.

LOS DOS.—*(Al mismo tiempo, entrando y dando la mano a Don Silvio.)* ¡Hola!
DON SILVIO.—No sabéis cuánto os agradezco la visita.
CANALES.—Chico, yo he estado unos cuantos días sin venir porque tengo la mar de trabajo; y primero es la obligación que la devoción.
DON SILVIO.—Sí, hombre. Sentaos. *(Canales se sienta.)*
OLÍAS.—Yo no, gracias. Estoy cansado de estar sentado. *(Pasea, mira por la ventana, mira los libros de la librería.)*
CANALES.—Muy bien, chico. ¿Y qué es de tu vida?
DON SILVIO.—Eso os pregunto yo.
CANALES.—Pues yo con una barbaridad de drogas que hacer.
DON SILVIO.—Eso es bueno. ¿Y por el Casino, qué tal? ¿Qué me contáis del Casino?

CANALES.—Chico, yo voy poco.

DON SILVIO.—¿Y tú?

OLÍAS.—Nada apenas. Así es que no sé una palabra.

DON SILVIO.—¡Jesús, qué reservones venís!...

CANALES.—Hombre, pero si no sabemos...

DON SILVIO.—¡Canales, no seamos niños!... ¿Pero es que queréis hacerme creer que no es mi pleito el tema constante del Casino y de todo Villaluenga? ¿Es que suponéis en serio que voy a creer que vosotros ignoráis cuantas atrocidades se dicen de mí?...

CANALES.—Pues si supones lo que dicen, Silvio, añade un poco más y evítate el mal rato de repetírtelo. No nos parecía discreto venir a amargarte la vida. *(A Olías.)* ¿Verdad, tú?

OLÍAS.—Naturalmente.

DON SILVIO.—Pues yo te ruego, Canales, si me conserváis algo de afecto, que deseches esos escrúpulos de indiscreción y me digas sin rodeos cuanto se murmura. Siempre es más leal tener al amigo advertido, que engañado.

CANALES.—Pues lo que dicen es suave. Aseguran que te jugaste en el Casino la honra de una pobre niña desvalida, contra cinco mil pesetas; que te encontraste con una mujer honradísima, y que el verte chasqueado te exasperó en términos tales, que trabajas para que dejen cesante al hijo, y hundir en la miseria a esa pobre familia.

DON SILVIO.—¿Y nada más?

OLÍAS.—¿Te parece poco?

DON SILVIO.—Por eso lo digo, hombre.

CANALES.—Aguarda, aguarda. Y por último, repiten, que ante tus repugnantes y cobardes desafueros, hasta tus amigos de la infancia, como Rodrigo Galán, han tomado el partido de esas infelices y te van a pedir estrecha cuenta de tu conducta.

DON SILVIO.—¡Pero yo diré que Rodrigo es un imbécil, que ha sido embaucado por la madre, que le tiene sorbido el seso!

CANALES.—Además, Silvio, no olvides que no es

sólo Rodrigo el que te deja; Vargas, uña y carne tuyo, también te abandona.

DON SILVIO.—Y ese cobarde, ese traidor que tiene un periódico que fundó con mi dinero y con mi ayuda, ¿en qué apoya su resolución espartana?

CANALES.—Pues dice que no hay gratitud que pueda obligar a un hombre a aplaudir las canalladas de un amigo.

DON SILVIO.—¡Bravo!... *(Con despecho.)* ¡Es un hábil granuja!

OLÍAS.—¿Nos vamos, Canales?

DON SILVIO.—Aguarda un poco, hombre. Y Quiroga, ¿qué dice a todo esto? ¡Tendrá que oír!

CANALES.—No, Quiroga, no; ése lo ha tomado a broma. Ese te deshace a chistes.

DON SILVIO.—¿Sí, eh?... *(Se levanta y pasea.)*

CANALES.—Ese más bien te defiende; dice que en este asunto si hay algún engañado, eres tú, pobre víctima de la madre, de la hija y del propio Campitos, que te está tomando el pelo.

DON SILVIO.—¿De Campitos? ¡Qué infamia!

CANALES.—*(Se levanta.)* Total, que la opinión está unánime contra ti.

DON SILVIO.—¡Contra mí! ¿Pero por qué?

CANALES.—Hombre, hazte cargo. Seamos sinceros. Algo de lo que dicen es cierto. Tú le brindaste protección a dos pobres mujeres para engañarlas. Y claro, Silvio, medítalo. La cosa verdaderamente es tremenda.

OLÍAS.—¡Horrible, hombre!

DON SILVIO.—¿Pero no habéis dicho todos que esa niña era una virtud de pega? Eso os lo he oído a vosotros cincuenta veces.

CANALES.—*(Con extrañeza.)* ¿A nosotros?

OLÍAS.—No recuerdo semejante cosa.

DON SILVIO.—Sí; a vosotros que ahora me acusáis solapadamente y que fuisteis los que me incitasteis a esta aventura.

CANALES.—Para, Silvio; las cosas como sean. Nosotros lo que hicimos fué seguirte la corriente no sospechando que se trataba de gente honrada; pero al ver tu equivocación, ¿por qué no has re-

trocedido? Tu persistencia ha tomado un aspecto que ni nosotros ni nadie puede aplaudir. Esta es la verdad.

OLÍAS.—¡Vámonos, hombre!

DON SILVIO.—No, perdóname, ¿qué es eso de irse así como despreciándome por necio o por malvado? No. Vamos a aclarar esta cuestión.

OLÍAS.—*(Vivamente.)* No, mira, Silvio, dispensa. Aquí no hay que aclarar nada. Yo he callado en este asunto, por amistad, por gratitud, porque te debo algo de lo que soy.

DON SILVIO.—Todo.

OLÍAS.—Algo.

DON SILVIO.—Todo.

OLÍAS.—No exageres, que estás excitado.

DON SILVIO.—Estoy en pleno dominio de mi juicio. Me debes cuanto eres y cuanto tienes.

OLÍAS.—Es decir, que a mi mérito, al mío propio, ¿no le debo nada?

DON SILVIO.—Absolutamente nada. No has tenido en la vida más que dos habilidades, jugar al billar e imitar al perro; pero en el ladrido, no en la fidelidad; y como muestra de tu talento no habrás olvidado—porque aún lo cuenta Echevarría a quien quiere oírlo—, que cuando visitó contigo la Catedral de Toledo, al llegar a la Sala Capitular, sorprendido por la belleza del artesonado, le dijiste, señalándole en techo: «¡Oye, fíjate en la bigamia!»

OLÍAS.—¿Yo?... ¡Mentira! Cualquiera creería que yo no sé que bigamia es casarse por lo civil.

DON SILVIO.—*(Con desprecio.)* Eres un imbécil.

CANALES.—Bueno, dejemos estas rencillas personales que a nada conducen. Y en resumen, qué es lo que quieres decirnos, ¿que somos malos amigos? Pues Dios quiera que los encuentres mejores.

DON SILVIO.—Mala suerte he de tener si no lo consigo.

CANALES.—Hoy estás amargado, estás ciego.

DON SILVIO.—Empiezo a ver claro.

CANALES.—Me alegro mucho; pues queda con Dios.

OLÍAS.—Y bigamia será un disparate, pero más disparate es confundir una persona con un objeto, como has hecho tú, que delante de cuarenta amigos le llamaste repostero a un tapiz..., ¡que aun se están riendo los que lo oyeron! Adiós. *(Vanse.)*

DON SILVIO.—Id con El. ¡Imbéciles, traidores! Pero, ¿qué es esto, Dios mío? ¿Qué me sucede? ¿Quizá iba yo a cometer una ligereza, una cobardía? Pero ¿quién, quien sino la opinión pública, puso ante mis ojos sin crédito y sin honor a esa pobre muchacha? ¿Por quién, pues, sino por la opinión pública, creí yo, no sólo posible, sino fácil, su conquista? ¿A qué viene ahora esa ferocidad, ese encarnizamiento contra mí? *(Cae abrumado en un sillón.)*

ESCENA IV

DON SILVIO y ARCADIO.

ARCADIO.—*(Aparece sin ser oído por la segunda izquierda. Aparte.)* ¡Pobre tío, nervioso y abrumado! ¡Dice Pedrito que debo confesárselo todo, sacarle de su funesto error!... ¿Si yo pudiera indirectamente...? Veamos... *(Alto.)* Tío.

DON SILVIO.—¿Qué?... ¿Quién? ¡Ah, tú! No te he oído entrar.

ARCADIO.—Ya lo he supuesto. ¡Está usted tan abstraído!

DON SILVIO.—Sí, un poco preocupado; mis asuntos, mis cosas...

ARCADIO.—¡Ay, cuánto daría yo por verle vivir más contento, más tranquilo, más...!

DON SILVIO.—Deja, no te preocupes. *(Aparte.)* ¿Cómo le echaría yo a éste, no sea que vuelva Campitos y no nos deje hablar?

ARCADIO.—Adivino lo que está usted pensando.

DON SILVIO.—¿Sí? Hombre, me alegraría.

ARCADIO.—De seguro que está usted diciendo: ¿Por qué no se irá...?

DON SILVIO.—Hombre, sí.

ARCADIO.—¿Por qué no se irá de mí esta tristeza que me abruma?

DON SILVIO.—No era la tristeza precisamente; pero en fin, no ibas descaminado.

ARCADIO.—Pues esa tristeza, tío, no se va, porque hay en la vida pequeños errores, equivocaciones funestas. En fin... ¿Usted sabe por una casualidad lo que le dijo San Pablo a Timoteo?

DON SILVIO.—¿A qué Timoteo?

ARCADIO.—A Timoteo el romano.

DON SILVIO.—No me acuerdo.

ARCADIO.—Pues le dijo en la Epístola segunda, capítulo cuarto, verso tercero: «Erit enim tempus cum sanam doctrina non suitinebunt, sed ab sua desideria...»

DON SILVIO.—Bueno, ¿y eso a qué hora se lo dijo San Pablo?

ARCADIO.—No recuerdo bien.

DON SILVIO.—Porque si se lo dice a las doce menos cuarto, calculo yo que le hubiese contestado: «Timoteo, ¿quieres que nos acostemos y déjate el latín para después del desayuno?»

ARCADIO.—En fin, yo..., usted perdone que le haya molestado con una lengua muerta; pero...

DON SILVIO.—Tú vete en castellano, y no hagas caso de nada.

ARCADIO.—Bueno, pues... Buenas noches...

DON SILVIO.—¡Que descanses!

ARCADIO.—*(Aparte.)* Yo ya me he quitado un peso de encima. Ahora, que venga el hermano cuando quiera. *(Vase segunda derecha.)*

ESCENA V

DON SILVIO, solo.

DON SILVIO.—Apagaré, no vuelva a salir. *(Apaga.)* Así creerá que me he acostado. *(Abre una ventana.)* Verdaderamente no hace falta luz. ¡Qué hermosa noche! *(Queda un momento a la ventana. Dan unas campanadas en la catedral.)* ¡Las doce menos cuarto!... ¿Habrá podido hacer algo Campitos? *(Se escucha lejano el cantar de un Mozo que dice:*

Al amor le pintan ciego
con los ojitos vendados,
por eso viven a oscuras
todos los enamorados.)

Nada produce una emoción tan intensa de poesía como escuchar en el misterio de estas noches de luna la copla amorosa de un rondador lejano. *(Pausa.)* ¡Aurora! ¡Aurora!... ¿Qué hará?... ¡Qué hermosa es! *(Suena un timbrazo en la puerta.)* ¡Caramba! ¿Será Campitos? *(A tientas enciende la luz y cierra la ventana.)* ¡Si fuese él!... Tengo una impaciencia devoradora... *(Vase hacia la puerta izquierda.)* Sí, él es. Gracias a Dios. Pasa.

ESCENA VI

DON SILVIO y CAMPITOS.

DON SILVIO.—¿Qué hay?

CAMPITOS.—*(Emocionado, en actitud despavorida, convulso.)* Pepe..., pe... pe..., pepe...

DON SILVIO.—¿Qué te pasa?

CAMPITOS.—Nada, que... ¡Dios mío!... ¡Ay Silvio!... *(Le abraza.)*

DON SILVIO.—*(Con angustia.)* ¿Pero qué sucede?

CAMPITOS.—No sé cómo decírtelo, chico...

DON SILVIO.—*(Cada vez más nervioso.)* ¿Pero qué es?

CAMPITOS.—Da... da... dame un poco..., un poco coco de agua...

DON SILVIO.—*(Dándosela, tembloroso.)* ¿Pero qué ocurre?... Vienes lívido. Me das miedo.

CAMPITOS.—*(Bebe un poco.)* Chico, brutal; pero no te intranquilices.

DON SILVIO.—¿Pero por la Virgen Santísima, quieres hablar claro, que me estoy muriendo?

CAMPITOS.—Pues nada, que ahí la tienes.

DON SILVIO.—*(Estupefacto.)* ¿Cómo que ahí la tengo? ¿Pero a quién?

CAMPITOS.—Pues a Aurorita.

DON SILVIO.—*(Aterrado.)* ¿Qué dices?

CAMPITOS.—Au... Aurorita.

DON SILVIO.—¡Pero Aurorita aquí, en mi casa!

CAMPITOS.—En tu..., en tu casa..., ahí fuera. No ha querido entrar hasta que yo te lo dijese.

DON SILVIO.—¿Ella aquí, en mi casa, a estas horas?... *(Dándose exacta cuenta de la gravedad de la situación.)* Pero oye, Cam... Campitos..., ¿pero cómo has coco..., coco... metido una ligereza como ésta?

CAMPITOS.—No, no he sido yo, yo no quiero responsabilidades... Yo te contaré cómo...; pero cálmate, que tienes un temblor que...

DON SILVIO.—Hombre, cal..., calcula si la cosa es para... Una chica de dieciocho años a las doce de la noche metida en casa de un hombre que..., y con una madre como... ¡Una friolera!

CAMPITOS.—No; si es horrible, si lo comprendo; pero verás lo que ha sido. En cuanto salí de aquí me marché hacia la casa de la interfecta ideando una estratagema que nos diera el resultado que deseábamos. Llego, me paseo por delante de los balcones y no veo nada; pero a la tercera vuelta me chocó...

DON SILVIO.—¿Qué?

CAMPITOS.—Me chocó una cosa dura contra un ala del sombrero. Miro, la recojo y era una perra

chica que envuelta en un papelito me habían tirado desde lo alto. Voy a un farol, desdoblo y veo que decía en caracteres indecisos: «Ahora bajo.» ¡Chico, me dió un temblor que solté la perra, se me cayó el papel y dije: «¿Qué va a hacer esa desgraciada?» Y en esto se abre la puerta y me la veo que sale ligera como una sombra, me coge del brazo y temerosa, rápida, con ansia febril me dice: «¡Pronto, a casa de don Silvio! ¡No perdamos un minuto! ¡Si usted no quiere acompañarme iré sola!» Y echamos a andar. Ante aquello no había manera, chico. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Lo comprendes?

DON SILVIO.—Sí; pero...

CAMPITOS.—A todo esto, como a mí no se me ocultaba la magnitud del compromiso que se te venía encima, la pregunté: «¿Pero por qué quiere usted ver a Silvio a estas horas?» Y mientras bajábamos la escalerilla de la cuesta de la catedral, me decía: «¡Su vida, es su vida, se trata de su vida!...»

DON SILVIO.—¡De mi vida!...; ¿pero cómo de mi vida?...; ¿pero decía que se trataba de mi vida?...

CAMPITOS.—Tal aseguraba; por eso creo yo que debes recibirla un momento y que te diga claramente qué peligro te amenaza.

DON SILVIO.—¿Pero y si viene la madre y la encuentra aquí?... ¿No comprendes que el escándalo sería horrible?... *(Coge el vaso para beber.)*

CAMPITOS.—¿Dices tú la madre?... La madre menos mal; lo espantoso sería que viniese el hermanito con la «browing».

DON SILVIO.—Ca... ca... calla, hombre.

CAMPITOS.—Oye, que salpicas, tú.

DON SILVIO.—Perdona...; estoy tan nervioso, que... ¿Qué hago, Campitos, qué hago?...

CAMPITOS.—¿Que qué haces?... Pues no te apures. Ultimamente, si tienes miedo, la cojo de un brazo y la planto en la calle.

DON SILVIO.—No; espera, hombre; eso es un poco brutal.

CAMPITOS.—¿Pero y tu compromiso?

DON SILVIO.—Deja..., ya que está aquí, ¡qué remedio! La veré siquiera para que me explique eso que decía de mi vida. Y al mismo tiempo la veré para...; ¿debe estar hermosísima, eh?

CAMPITOS.—Más bonita que antes.

DON SILVIO.—¡Oh, si no fuera por la madre!, ¡qué lástima! ¡Tanta huérfana como hay!

CAMPITOS.—O si no, mira, todo puede conciliarse. La recibes unos minutos, y a escape entro yo y la indico la conveniencia de que nos marchemos volando, ¿quieres?

DON SILVIO.—Bien pensado. Eso, eso.

CAMPITOS.—¿La digo que pase?

DON SILVIO.—Espera. Tengo seca la boca. *(Bebe temblando.)* ¡Y oye, por Dios, que no abran a nadie!

CAMPITOS.—Descuida. Me quedaré yo ahí fuera.

DON SILVIO.—Dila que entre. Y por Dios, no abráis a nadie. *(Vase Campitos izquierda.)*

ESCENA VII

DON SILVIO, AURORA; después, CAMPITOS.

DON SILVIO.—Conviene que no me note la impresión de... Adoptaré un aspecto de amable indiferencia, como hombre avezado a estos lances. ¡Ella! *(Queda sonriente, apoyado en un sillón con elegante postura.)*

AURORA.—*(Aparece por la izquierda vestida con gran sencillez. Lleva un mantito que a poco le cae sobre los hombros. Entra pálida, llorosa. Va hacia Don Silvio, suplicante, balbuciente.)* ¡Perdón!... ¡Perdón!...

DON SILVIO.—¡Aurorita! *(Saliendo a su encuentro.)*

AURORA.—¡Perdón, perdón! *(Cae de rodillas.)*

DON SILVIO.—*(Levantándola rápidamente.)* ¡Por

Dios, levanta, levántate!... Pero, criatura, ¿qué has hecho?

AURORA.—No sé, no lo sé. Sé que este paso es espantoso, es horrible.

DON SILVIO.—*(Con forzada sonrisa, con la que trata de ocultar su verdadera emoción.)* No; tanto como eso, no; no exageres; pero vamos, es una locurilla, una locurilla.

AURORA.—No; no trate usted de atenuar lo grave de la situación; sé que esta insensatez puede acabar con mi honra y con la tranquilidad de usted; pero no he podido contenerme; ha sido un impulso invencible, avasallador de mi alma dolorida, apenada...

DON SILVIO.—Cálmate, Aurora... *(Aparte.)* ¡Qué preciosísima está! *(Alto.)* ¡Cálmate, por Dios! *(Le coge las manos.)*

AURORA.—No; no puedo calmarme. ¡Silvio, hay una horrible amenaza fulminada sobre usted!

DON SILVIO.—¿Qué?...

AURORA.—Y yo por mí nada temo, nada; pero usted, ¡que tenga usted que correr por mí un peligro, un peligro de muerte, oh, no, no; eso nunca!...

DON SILVIO.—¡Un peligro!... ¿Un peligro de muerte?... ¿Y dices que tengo que correr?... *(Tratando de reponerse.)* ¡Vamos, vamos, tú, tú exageras, Aurorita! ¡No te apures..., no me ves a mí tran..., tan... tran..., tranquilo!... Si te he de ser franco, tu madre..., lo único que yo sentiría es que viniese aquí tu madre.

AURORA.—¡Ah! *(Con exaltación y mirando hacia una ventana.)* ¡Mi madre viene!...

DON SILVIO.—*(Dando un salto y mirando hacia atrás.)* ¿Qué?...

AURORA.—Mi madre viene, y hay aquí una catástrofe; lo sé.

DON SILVIO.—*(Aparte.)* ¡Me ha dejado sin gota de sangre! *(Alto.)* Bueno, mira, Aurorita, habla sin exaltación, que me soliviantas, haz el favor. Yo creo que aunque viniese tu madre no pasaría nada, porque hablándola como es debido...

AURORA.—¡Ah, no, no! Mamá tiene un concepto estrechísimo de la honra y después de este paso que acabo de dar, yo que he perdido su cariño para siempre, ¡jamás, jamás podré volver a su lado!

DON SILVIO.—¡Caramba!; pero entonces, ¿por qué te has atrevido a venir aquí?

AURORA.—¡Ah, porque para mí, Silvio, para mí..., ante todo, sobre todo..., era salvar su vida, su vida de usted!

DON SILVIO.—¡Mi vida!... Bueno, pero... ¿tan grave es la cosa?

AURORA.—¡Inminente..., fatal..., trágica!

DON SILVIO.—¡Caramba!...; ¿pero quieres hacerme el favor de decirme en qué consiste ese peligro?

AURORA.—Verá usted: estaba yo esta tarde llorando en el cuarto en que me tenían encerrada cuando oigo a mi madre y a mi hermano que discutían acaloradamente en la habitación próxima. Su nombre de usted sonaba con frecuencia en su diálogo. Quedé atenta, inmóvil, conteniendo casi el aliento para no perder una sola palabra.

DON SILVIO.—¿Y qué decían, qué decían?

AURORA.—Pues mi pobre madre decía sollozando: «¿Qué ha hecho esa infeliz con elevar sus ojos hasta un hombre poderoso que ni la quiere ni se ha de casar con ella, que es una mísera y desdichada criatura?»

DON SILVIO.—No; eso, no; porque...

AURORA.—Y a todo esto mi hermano preguntaba repetidamente: «¿Pero crees que la desprecia, que la abandonará, que no la quiere?» Y mi madre contestaba: «Yo sólo sé que esa pobre niña todo lo más que puede esperar de ese hombre es su indiferencia, su desprecio.»

DON SILVIO.—¡Oh, no; eso, no!... Puedes esperar más... *(La abraza.)* ¡Mucho más!...

AURORA.—A todo esto mi hermano seguía estrechándola a preguntas.

DON SILVIO.—*(La vuelve a abrazar.)* ¿Seguía es-

trechándola?... ¡Oh, qué cruel!... Pero continúa..., ¿qué más, qué más decían?

AURORA.—Pues mamá, mi pobre mamá arrasada en lágrimas, con amarga desesperación, gritaba: «¡Y a todo esto, hijo mío, nuestra honra, que era nuestro único tesoro, está hecha jirones, destrozada, por el suelo!... Y de hoy en adelante nos despreciará la gente; inspiraremos risas y burlas.» «¡Ah, no, no!... Eso, ¡jamás!—rugió mi hermano—. ¡Eso nunca!... Yo juro por la sagrada memoria de mi padre, por su nombre inmaculado que llevo, que lavaré esta afrenta con sangre.»

DON SILVIO.—¡Canario!

AURORA.—«¡Yo te juro, madre mía, que mañana, antes del amanecer, habrá muerto ese hombre!»

DON SILVIO.—¡Caracoles con el niño ese! Pero...

AURORA.—Se hizo el silencio: un silencio trágico. A poco, escuché el ruido metálico de unas cápsulas ajustadas al cargador de una pistola. Y no oí más.

DON SILVIO.—¿Le..., le parece a usted poco? ¿De manera que antes del amanecer...? *(Mira con disimulo el reloj.)*

AURORA.—¿Comprende usted ahora por qué he venido?... ¿Lo comprende usted?

DON SILVIO.—Sí, sí...; ¡ya lo creo! *(Aparte.)* ¡Bueno; me quedarán en el kilométrico unos tres mil kilómetros: yo creo que es una distancia más que suficiente para que ese joven no lave nada a costa mía. *(Pasea agitado.)*

AURORA.—¿Qué piensa usted?

DON SILVIO.—No, nada; que...

AURORA.—¿Está usted nervioso?... ¿Tiene usted miedo?

DON SILVIO.—¿Quién, yo miedo?... ¡Quiá, no faltaba más! Ahora que eso de su hermanito de usted es un poco molesto.

AURORA.—Sí, sé que su determinación es injusta; pero él es inexorable. Por eso, por eso he venido yo aquí, para advertir a usted el peligro y suplicarle que huya, que huya sin perder momento.

DON SILVIO.—Ya, ya se me había ocurrido a mí... que usted me lo iba a suplicar; pero no, huir sería declararse culpable.

AURORA.—No importa; lo primero es salvar su vida. *(Llora.)*

DON SILVIO.—Bueno; ¡pero por Dios, no llore usted! Ahora lo urgente es evitar que la encuentren aquí. Que su mamá o su hermano vengan y... *(Suena un timbre. Don Silvio vacila, aterrado. Tiembla, se demuda su cara.)* ¡Ah!... ¡Han... han llamado!

AURORA.—*(Con espanto.)* ¡Ellos!... ¡Son ellos!

DON SILVIO.—*(Tembloroso.)* ¡Canario, no diga usted eso, que sería espantoso! Se... señorita, me ha puesto usted en una situación que estoy a dos dedos del aneurisma.

AURORA.—Yo lo hice por su bien, Silvio, por su bien.

CAMPITOS.—*(Entrando aterrado.)* ¡La madre! ¡Es la madre!

AURORA.—¡Mi madre!

DON SILVIO.—¡Su madre! *(Suena el timbre varias veces.)*

CAMPITOS.—¿Oyes?... Yo creo que debíamos abrir. Si no abrimos van a dar un escándalo.

AURORA.—No, no; que no abran; que no entre mi madre aquí. Moriría de vergüenza. Se pegaría un tiro aquí mismo.

DON SILVIO.—No, aquí, no; aquí que no se pegue nada. No quiero más cadáveres que el mío.

AURORA.—¿Dónde?, ¿dónde me oculto?

CAMPITOS.—*(Señalando la puerta primera derecha.)* ¡Por aquí, pase usted por aquí!

DON SILVIO.—¡No; ahí, no, que es mi cuarto, y si la encuentran en él...!

CAMPITOS.—Déjalo; no importa. Adentro. *(Se oculta Aurora.)* El caso es que no la vean. Neguemos. Ten serenidad. Porque te advierto que viene Rodrigo.

DON SILVIO.—¡Rodrigo!

CAMPITOS.—¡Y el hermano!

DON SILVIO.—*(Con estupor.)* ¿El de la bro... bro..., el de la «browing»?

CAMPITOS.—El mismo, ¿qué hago?

DON SILVIO.—*(Desfallecido.)* Pues nada, avisa la Extremaunción y que pasen. *(Suena el timbre. Vase Campitos.)* ¡Dios mío, un poco de serenidad! Yo me ahogo. Tengo un temblor que... Yo no me tengo..., yo no me tengo por cobarde; pero en esta situación hasta al Cid Campeador tendrían que sangrarlo. *(Se sienta en el sillón de la mesa despacho.)* Aquí estoy más resguardado y tengo la puerta cerca... ¡Ellos!... ¡Calma!

ESCENA VIII

DON SILVIO, DOÑA LUZ, DON RODRIGO y ARTURO; más tarde, CAMPITOS.

DOÑA LUZ.—*(Desde dentro.)* ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? *(Entrando frenética, a grandes voces dice:)* ¡Miserable! ¡Dame, dame la hija que me has robado! *(Llorando.)* ¡Hija mía!

DON SILVIO.—*(Trémulo, balbuciente.)* ¡Señora, por Dios, cálmese usted!

ARTURO.—*(Entra frenético y da un fuerte golpe sobre la mesa con el bastón que trae.)* ¡Mi hermana! ¡Necesito en seguida que me devuelvan a mi hermana! ¡Pronto, en seguida, ahora mismo! ¿Dónde está mi hermana? *(Da otro porrazo con el bastón.)*

DON SILVIO.—Joven, ruego a usted que tenga la bondad de reportarse, que yo ignoro el paradero de esa señorita, y por tanto...

DON RODRIGO.—¡Mientes como un bellaco!

DON SILVIO.—¡Rodrigo!

DOÑA LUZ.—¡Asesino!

ARTURO.—¡Canalla!

DON RODRIGO.—¡Infame!

DON SILVIO.—¡Señores, por Dios!

DOÑA LUZ.—*(Gritando.)* ¡Me ha robado mi gloria, el encanto de mi vida, el ángel de mi casa! ¡Ay mi hija!

DON SILVIO.—Señora, repórtese usted y no escandalice, que yo aseguro que ignoro el paradero de esa señorita...

ARTURO.—*(Dando otro golpe.)* ¡Mentira!

DON SILVIO.—*(Con energía.)* Ruego a usted, joven, que tenga la bondad de expresarse sin golpear, que salpica la tinta, y mire usted cómo me ha puesto el «Blanco y Negro...», más negro que blanco. *(Lo enseña.)* Repito, y por tercera vez, que esa señorita no ha venido por aquí...

DON RODRIGO.—¡Basta!... ¡Fuera!... ¡Ha llegado el momento!... ¡Dejadme a mí!... *(Avanza iracundo, fiero, apocalíptico, bastón en ristre.)* ¡Farsante!... ¿Conque no sabes de esa señorita? ¡Cobarde!

DON SILVIO.—Rodrigo, Rodrigo..., mira lo que dices, y ya que has venido tú te suplico, te imploro por nuestra antigua amistad, que calmes a estas personas..., que las digas que...

DON RODRIGO.—¡Basta!... Arturo, apunta...

DON SILVIO.—¿Qué es eso de apunta? *(Se pone el brazo ante la cara, huyendo.)*

DON RODRIGO.—Apunta este dato. ¿Ves lo que yo te decía?... Se humilla, se acobarda como un villano en cuanto ve próximo el castigo de sus crímenes.

DON SILVIO.—¡Rodrigo!...

DON RODRIGO.—Oyelo bien, Silvio, por última vez. O nos entregas a esa señorita que tienes oculta o juro por mi honor que mañana te mato como a un perro.

ARTURO.—¡Como a un perro!

DOÑA LUZ.—¡Como a un canalla!

DON SILVIO.—¡Señores, por Dios!... No me insulten, no me amenacen, que me están acosando sin razón, acorralándome sin justicia.

DON RODRIGO.—¡Villano!

DON SILVIO.—Rodrigo, que vas a hacerme olvidar que estoy en mi casa.

DON RODRIGO.—¿Casa?..., ¡ja, ja, ja!... Esto no es casa, esto es un antro inmundo.

DON SILVIO.—*(Fuera de sí.)* ¡Rodrigo!

ARTURO.—¡Una cueva hedionda!

DOÑA LUZ.—¡Un garito!

DON RODRIGO.—¡Pronto, canalla, danos esa joven!

DON SILVIO.—¡Rodrigo, que me voy a volver loco!

DON RODRIGO.—¿Y a mí qué?... Pronto: o esa joven o te atravieso mañana como a un perro.

DON SILVIO.—*(Frenético.)* ¿A mí, a mí como a un perro?

DON RODRIGO.—¡A ti!

ARTURO.—¡A usted!

DOÑA LUZ.—¡A usted!

DON SILVIO.—*(Saliendo de detrás de la mesa como un tigre, descompuesto, fiero, loco.)* ¿Mañana?

DON RODRIGO.—Mañana.

DON SILVIO.—*(En pleno desvarío.)* Pues ea, acabó mi paciencia. Mañana, no; ahora mismo. En seguida. *(Va de un salto a la panoplia y descuelga nerviosamente dos espadas. Retroceden todos y le miran aterrados.)*

DON RODRIGO.—*(Temblando.)* ¿Pero qué vas a hacer?

DON SILVIO.—Puesto que lo quieres, a darte gusto. A morir o a matarte.

DON RODRIGO.—*(Aterrado, tratando de huir.)* Silvio, por Dios, serénate. He dicho que mañana.

DON SILVIO.—¡Defiéndete, canalla, porque si no te mato!

DON RODRIGO.—Silvio, que he dicho que mañana.

ARTURO.—Que el señor ha dicho que mañana.

DON SILVIO.—*(Dándoles palos y persiguiéndolos. Ellos huyen. Trata Don Rodrigo de poner delante a Arturo, que recibe muchos palos.)* Toma, cobarde, necio, imbécil...

DON RODRIGO.—¡Resguárdeme, resguárdeme, pollo; que está loco!

DOÑA LUZ.—*(Asomándose a una de las ventanas*

y chillando.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que nos matan! ¡Auxilio!

DON SILVIO.—¡Infame, asqueroso, canalla!... ¡Toma!, ¡toma!

ARTURO.—¡Que me da usted a mí!... ¡Que el reto era del señor!

DON RODRIGO.—¡Pollo, por Dios, no me descubra!... *(Lo vuelve.)*

DON SILVIO.—¡Infame!

DON RODRIGO.—¡No me descubra!

DON SILVIO.—*(Le da un palo muy fuerte a Arturo.)* ¡Canalla!

ARTURO.—¡Ay!... ¡Que el reto era del señor!... ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Que me pegan!

DOÑA LUZ.—¡Sereno, guardias!... ¡Mi hijo, que me lo golpean!... ¡Aquí, en el bajo! ¡Socorro!

CAMPITOS.—*(Que entra y sujeta a Don Silvio.)* ¡Cálmate, cálmate, Silvio!...

DON SILVIO.—¡Fuera, fuera de mi casa todos, pronto!..., ¡pronto!... ¡A la calle!

DON RODRIGO.—¿Pero por dónde?... ¡Si es que no acierto con la puerta!

ESCENA IX

DICHOS, SERENO, dos GUARDIAS DE ORDEN PÚBLICO; luego, AURORA.

SERENO.—*(Entrando.)* ¿Pero qué es esto?

GUARDIA 1.º—¿Qué pasa, don Silvio?

DON SILVIO.—¡Nada; a la calle!... Llevarse a la calle a esa gente..., ¡pronto o los mato a todos!

DOÑA LUZ.—Guardias, sereno, autoridades, todos..., yo no me voy hasta que me entreguen la hija que me han robado. La tienen aquí escondida.

DON SILVIO.—¡No es cierto!

DOÑA LUZ.—¡Sí; soy una pobre madre! Ayúdenme ustedes a buscarla. Está aquí... Aquí...

AURORA.—*(Saliendo.)* ¡Mamá, mamá, por Dios!...

DOÑA LUZ.—*(Abrazándola.)* ¡Hija!, ¡hija mía! ¿Lo ven ustedes?

AURORA.—¡Por Dios, calla, mamá!... Vamos a casa. Ya te explicaré allí...

DOÑA LUZ.—Ustedes son testigos. Ese infame la tenía aquí, escondida en su cuarto. ¡Quiero ir al Juzgado!... ¡Que me hagan justicia!... ¡La honra de una familia!

DON SILVIO.—¡Infame!... ¡A la calle!... ¡A la calle pronto!... ¡A la calle todos!...

SERENO.—Vamos, vamos. *(Los hace salir.)*

DON RODRIGO.—¡Al Juzgado!... ¡Al Juzgado!

DOÑA LUZ.—¡Mi honra! ¡Mi honra!

ARTURO.—¡Mandaré a usted mis padrinos!

DON SILVIO.—¡Canalla!, ¡necio!, ¡imbécil!... ¡Lo mato! *(Hacen mutis todos.)*

ESCENA X

DON SILVIO, CAMPITOS, ARCADIO y PEDRITO.

CAMPITOS.—¡Pero calma, Silvio, calma! ¿Qué has hecho?

DON SILVIO.—¡Ay, ay Campitos, no sé! Me ahogo. Estoy loco. Dame agua; dame algo. *(Se sienta.)* ¡Me muero! ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza!

ARCADIO.—*(Sale y, en un arranque trágico, se echa a los pies de su tío y grita.)* ¡Tío, no puedo más, perdón, perdón!

DON SILVIO.—*(Asombrado.)* ¿Cómo perdón? ¿Pero qué dice éste?

ARCADIO.—¡Perdón, perdón!

DON SILVIO.—¿Pero perdón de qué?

ARCADIO.—¡Tío, de todo lo que acaba de pasar aquí tengo yo la culpa, yo solo!

DON SILVIO.—*(Asombrado, estupefacto.)* ¿Tú?, ¡tú! ¿La culpa? ¡No lo entiendo!

PEDRITO.—*(Adelantándose dice a Arcadio.)* Dice que no lo entiende. Déjame a mí. *(A Don Silvio.)* «Cuiusvis est errare nullius nisi insipentis in errore perseverare.»

DON SILVIO.—*(Asombrado, mirando a todos.)* ¡Pues ahora lo entiendo menos! *(Telón.)*

ACTO TERCERO

Patio grande de una casa de campo en un pueblo de Castilla. A la izquierda, la casa de sencilla construcción, con una puerta grande. El patio estará cercado por una tapia de regular altura. En la parte de tapia que corresponde a los laterales derecha, un pequeño portillo que comunica con la huerta. Al foro, una portalada grande por la que se ve extenso campo. En el ángulo de la derecha, un pozo con una pila de lavar ropa al lado. Sombrea este rincón un árbol de ancha copa. A la izquierda, en la tapia (foro), un pequeño cobertizo, y bajo él aperos de labranza. Son las últimas horas de una tarde clara de otoño.

ESCENA PRIMERA

AURORA, MICAELA y NASIO. Al levantarse el telón aparece AURORA, sentada en una mecedora, leyendo una novela. Cerca habrá una mesa ordinaria de madera blanca de pino, y sobre ella un centro lleno de crisantemos y dalias de varios colores, que se han esparcido hasta caer algunas al suelo. Próximas a la mesa, dos sillas ordinarias. MICAELA, una joven lugareña, vestida a la usanza de Castilla, recoge ropa tendida en un cordelillo, que estará cerca del pozo, y la coloca en un canasto. Se escuchan a lo lejos las esquilas de un rebaño que se halla próximo y el cantar de un pastor.

NASIO.—*(Lejos, cantando.)*

En tu vida te enamores
de mozo que no ha rondado;
que el que no ronda de mozo,
ronda después de casado.

AURORA.—¿Es el pastor de casa, Micaela?

MICAELA.—Sí, señora, señorita; es Nasio, que se conoce que va a encerrar el ganao.

NASIO.—*(Apareciendo en la portalada.)* Hola, capullo temprano. Si no está tu marío entro y te doy un recao...

MICAELA.—¡Chis!... *(Le hace señas de que está allí la señorita.)*

NASIO.—*(En voz baja.)* Pues si me descuido... *(Acción de abrazar.)*, te lo doy.

MICAELA.—*(En voz alta.)* Pasa, que ahí está mi padre, por si quies decile algo.

NASIO.—No; si no era na más que el recaíto ese. Y como no es pa él... Ya te lo daré luego. *(A Aurora, quitándose el sombrero.)* Güenas tardes nos dé Dios.

AURORA.—Buenas tardes. ¿Qué, va usted a encerrar ya el rebaño?

NASIO.—Sí, señora. Ahí a la Solana..., que como las noches ya refrescan una meaja hay que encerrar en techao.

AURORA.—¡El oficio de usted me es muy simpático!

NASIO.—Tal cualejo es.

AURORA.—¿Lleva usted muchas ovejas?

NASIO.—Son cabras. Pero llevo pocas. Cincuenta y ocho. Las horras. Las llenas las lleva mi hermano, que encierra allá abajo, en Navaluenga, en el Sotillo, a dos kilómetros.

AURORA.—Muy bien.

NASIO.—Con permiso de usté.

AURORA.—Adiós. *(Sigue leyendo.)*

NASIO.—*(A Micaela.)* ¿Y dónde está tu marido?

MICAELA.—Se fué a Robledo a echar una mirada a las viñas y a limpiar la alquitara.

NASIO.—¿Cuándo cortan?

MICAELA.—Si está la gente libre, el sábado quieren.

ESCENA II

DICHOS y TÍO ZAINO, por detrás de la casa.

TÍO ZAINO.—*(Saliendo con un bote colgado al brazo y unos juncos en la mano.)* ¿Qué haces, tú?

NASIO.—Que voy ya pa allá.

TÍO ZAINO.—Oye, si ves a Manolo el de la Petra, dile que diga al afilador que se llegue mañana, ¿oyes?

NASIO.—Descuide usté. ¿Y qué está usté haciendo?

TÍO ZAINO.—Ligando unas varillas pa pájaros; de aquí, del señor este que ha venido hace poco.

DOÑA LUZ.—*(Desde dentro, llamando.)* Aurora...

AURORA.—Voy, mamá. *(Cierra el libro y se marcha a la casa llevándose el cesto de flores.)*

ESCENA III

MICAELA, NASIO y TÍO ZAINO.

NASIO.—*(Señalando a Aurora.)* Güeno, ¿y eso qué es?

TÍO ZAINO.—Un misterio. ¿Qué quies que te diga?

NASIO.—¿Pero cómo se ha metío aquí esa gente?

MICAELA.—Pa mí, que trapisondas del amo.

TÍO ZAINO.—Creo que han tenío un disgusto en Villaluenga, y no sé qué pasó que don Silvio dijo, pues que se vayan al campo pa quitarnos de cuentos, y aquí las tienes, madre, hija, un hijo mozo y un señor viejo, más feo que un tiro, que vino hace tres días, que es muy aficionao a pájaros, que pa él estoy con las varillas, y que tié un genio que pega con su sombra. Ya le verás.

MICAELA.—Es el hermano e la señora.

NASIO.—Pos la moza esta es de «vaya usté con Dios».

MICAELA.—Y el hermano mozo también es muy guapo, no agraviando a denguno.

NASIO.—¿Y don Silvio no saldrá de aquí?

TÍO ZAINO.—Pues eso es lo grande; que no ha pisao estos umbrales en lo que va que están aquí esa gente. El que viene es don Campitos.

NASIO.—Oye, pos sí que es raro.

MICAELA.—Ello algo será y ya lo sabremos.

TÍO ZAINO.—Mía ésta; lo mío:

Por saber las cosas
no te matarás,
que ellas se harán viejas
y tú las sabrás.

NASIO.—Y que es la verdad. Vaya, con que hasta luego.

MICAELA.—Vete con Dios, hombre.

TÍO ZAINO.—Te acompaño hasta la Veguilla. *(Salen foro izquierda.)*

MICAELA.—La cosa es que sea lo que sea, la señorita es una mujer de una vez. No anduvo tonto don Silvio. Y el hermano también lo vale. Lo que es, es que es un pirandón que no pué una descuidarse: a mí me tiene atenazá a pellizcos. ¡Que ya no sé qué excusa ponele a mi marío! *(Vase por detrás de la casa con el cesto de ropa que quitó del tendedero.)*

ESCENA IV

DON MELQUÍADES y ARTURO, que salen de la casa. DON MELQUÍADES es un señor como de sesenta años, feísimo, cejijunto; anda torpemente y habla a tropezones, como persona que convalece de una hemiplejía. Apenas mueve los músculos de la cara, por lo cual su gesto resulta, dada su fealdad, duro e imponente. Usa gafas. Viste con traje de dril claro, gorra de paño con visera igual, pañuelo de seda al cuello y zapatillas. Lleva siempre una escopeta.

ARTURO.—¿Dónde quiere usted que vayamos ahora, tío?

DON MELQUÍADES.—¡Me dejas ahí en la huerta, a ver si tiro a algún pájaro. En casa me aburro.

ARTURO.—Lo creo.

DON MELQUÍADES.—Gracias a mi afición a la caza, que si no, yo no sé. ¿Y por eso digo yo que para qué me habrá hecho venir aquí tu madre? ¡Tan bien como estaba yo en Sigüenza!...

ARTURO.—No; mamá lo hizo porque como sabe usted lo que pasó... Y estábamos tan solos, y usted es una persona de representación, un fiscal jubilado... Se conoce que por eso...

DON MELQUÍADES.—¡Sí; pero yo estoy ya tan achacoso!...

ARTURO.—¿Va usted a la huerta?

DON MELQUÍADES.—Sí, por esa puertecilla... ¡Pero calla!... ¡Demonio! *(Se tienta los bolsillos.)*, que se me han olvidado los cartuchos; pues me luzco, porque si le apunto a un pájaro... sin cartucho...

ARTURO.—Le hubiera usted dado... una satisfacción. Porque para un pájaro una escopeta descargada, calcule usted..., un verdadero obsequio.

DON MELQUÍADES.—En fin, vamos por ellos a mi cuarto.

ARTURO.—¿Quiere usted que se los traiga?

DON MELQUÍADES.—Los tengo cerrados. No me fío de éste. *(Vanse a la casa.)*

ESCENA V

CAMPITOS y el TÍO ZAINO, por el foro izquierda.

TÍO ZAINO.—¿Pero era usté el que pasaba en la jardinera?

CAMPITOS.—¡Si te he saludado!

TÍO ZAINO.—Pues ni asomo de conocerle a usté. ¿Y a qué de bueno por esta casa?

CAMPITOS.—Pues para que me hagas el favor de decirle a la señora, a la mayor, a doña Luz, que

estoy aquí y que tengo que hablarla de precisión.

TÍO ZAINO.—Allá voy.

CAMPITOS.—Dile que no entro porque como no quiere que su hermano vea a nadie, que por eso la molesto.

TÍO ZAINO.—Sí, sí... *(Vase a la casa.)*

CAMPITOS.—¡También ha sido ocurrencia traerse al hermano ese! Y que creo que tiene un genio que es una fiera. Así es que para hablar ahora a esta gente hay que andar con unas precauciones...

ESCENA VI

CAMPITOS, DOÑA LUZ y TÍO ZAINO, que salen de la casa.

DOÑA LUZ.—*(El Tío Zaino vase por el foro derecha.)* Hola, estimado Campitos. *(Mira temerosa hacia la casa.)*

CAMPITOS.—No he querido entrar porque... como me tiene usted dicho eso de su hermano, yo...

DOÑA LUZ.—Sí, sí... Muy bien hecho. Estoy con él que no vivo. No podemos ni respirar; porque si se enterara... ¡Ah!... Así es que no dispongo más que de un momento; con que diga usted de prisa...

CAMPITOS.—¿Pero su hermano de usted todavía no sabe...?

DOÑA LUZ.—Sabe la cosa de un modo vago. ¡Ah, pues si él llega a enterarse!... Baste decirle a usted que no hizo más que leer en «El Eco Carpetano» el artículo que publicó a la noche siguiente del escándalo, en forma veladísima, el amigo Vargas, e inmediatamente tomó el tren y se vino aquí con el único propósito de averiguar a qué miserable corresponden las iniciales de S. T. D., para darle un tiro en la nuca, según me precisó.

CAMPITOS.—¡Caramba, pues ha ido a escoger un sitio agradable.

DOÑA LUZ.—Gracias a que yo disuadíle como pude. Díjele que ha sido más el clamoreo que las nueces y añadíle que estamos en esta finca porque nos la prestó un señor amigo para alejarnos del foco de las habladurías hasta que hiciéramos almoneda y ultimásemos nuestros asuntos para podernos marchar.

CAMPITOS.—Sí, claro, una discreta excusa.

DOÑA LUZ.—Bueno, ¿y de nuestro asunto qué hay, amigo Campitos?

CAMPITOS.—Pues nada, doña Luz, que yo, fiel a la amistad que juré a ustedes y con todo secreto, porque si Silvio se enterara de mi deslealtad, el tiro en la nuca era para un servidor, vengo a decirle a usted que he prometido a Silvio que llevaré firmado el desistimiento de la demanda judicial presentada por usted contra él por tentativa de rapto.

DOÑA LUZ.—¿Pero le habrá usted dicho también?...

CAMPITOS.—Sí, le he dicho lo que convinimos: que a cambio se impone que dé a ustedes privadamente una indemnización que compense en parte el perjuicio causado.

DOÑA LUZ.—Y... me repugna hablar de esto, ¿pero de qué cuantía ha señalado la cifra?

CAMPITOS.—Yo le he dicho lo que usted me indicó, que ustedes no quieren más que lo necesario para que Aurorita ponga un modo de vivir en Madrid.

DOÑA LUZ.—Naturalmente; ya que la criatura no se case por el borrón que cayónos, al menos que no perezcamos.

CAMPITOS.—Cincuenta mil pesetas creo que es lo que piensa...

DOÑA LUZ.—No... hágame el favor. *(Con repugnancia.)* No me diga usted nada. ¿Para qué quiero saberlo? ¡Oh, rebajarme yo a estas miserias!... En fin..., ¿y cuánto hace en duros, tiene usted la bondad de compulsármelo?

CAMPITOS.—Pues diez mil.

DOÑA LUZ.—¡Oh, no; pero no!... No hablemos

de estas minucias tan ruines. ¡Pobres de nosotras!

CAMPITOS.—Además, doña Luz, traigo otro encargo muy importante para todos.

DOÑA LUZ.—Usted dirá.

CAMPITOS.—Pues que me ha rogado Silvio que suplique a usted que le permita venir a visitarlas.

DOÑA LUZ.—¡Oh! ¿Después de lo pasado?

CAMPITOS.—Desea hablar con Aurorita antes que ustedes se marchen.

DOÑA LUZ.—En fin, yo... no sé qué decir, porque... ¡Calle usted, mi hermano!... ¡Por Dios, que no se entere de nada!

ESCENA VII

DICHOS y DON MELQUÍADES, con la escopeta; sale rengueando, se acerca a CAMPITOS y le mira de arriba abajo.

DOÑA LUZ.—Es un vecino, amigo nuestro.

CAMPITOS.—Servidor de usted. Perdone que desvíe. *(Le aparta el cañón de la escopeta.)*

DON MELQUÍADES.—Está en el seguro.

CAMPITOS.—Lo más seguro es para arriba.

DON MELQUÍADES.—Bueno. *(Aparte, a Doña Luz, que le acompaña hasta la puertecilla de la derecha, por la que hace mutis.)* No le conozco.

CAMPITOS.—¡Realmente medroso! Si le ponen un canuto en la boca es un canalón de catedral. ¡Qué le habrán llevado por esa cara, Dios mío!

DOÑA LUZ.—Pues como le decía a usted, amigo Campitos, por mí no hay inconveniente en que venga don Silvio, porque yo ya he corrido un velo sobre lo pasado; lo grave es mi hermano que no ha corrido nada, y no hay quien le haga correr.

CAMPITOS.—Ya, ya me figuro. Pero, en fin, yo creo muy conveniente que complazcan ustedes a

Silvio, como sea posible; es un consejo. Accedió, a ruego mío, a que estuvieran ustedes en una finca suya, con el fin de parlamentar más cómodamente; no vacila en lo de la indemnización... En fin, su comportamiento correctísimo le hace acreedor a toda transigencia.

DOÑA LUZ.—Pues nada, vénganse ustedes luego, y antes prepararé a Aurorita por si quiere acceder. Ya veremos la manera de distraer a mi hermano. Y que hablen, aunque no sea más que unos minutos.

CAMPITOS.—Tengan ustedes eso firmado.

DOÑA LUZ.—Y ustedes traigan lo otro, para no andar ya con estas pequeñeces y que podamos irnos cuanto antes.

CAMPITOS.—Pues hasta ahora mismo. *(Vase por el foro.)*

DOÑA LUZ.—Adiós, querido Campitos, y mucho cuidado con un vuelco que hay mucho bache. *(Le despide desde la puerta.)* Adiós. *(Dirigiéndole una fingida sonrisa.)*

ESCENA VIII

DOÑA LUZ y AURORA, que salen de la casa.

AURORA.—Pero ¿qué ha dicho?, ¿que quiere venir don Silvio?

DOÑA LUZ.—¿No lo has oído?

AURORA.—¿Y qué te parece?

DOÑA LUZ.—Pues que dado nuestro propósito, es una pequeña contrariedad.

AURORA.—No, eso no. Tengo previstas todas las eventualidades. Puede que así quedemos mejor. Que venga. *(Sale Arturo de la casa y vase por la portalada, hacia la izquierda.)*

DOÑA LUZ.—En último caso si la escena tomase un carácter patético, yo haré salir a tu tío Melquíades.

AURORA.—¡Y cómo nos ha servido el tío, para alejar de aquí a la gente!, ¿eh?

DOÑA LUZ.—¡Uf!... Ya te lo dije. En la vida, bien manejado, todo es útil, hija mía. Tú decías: ¿para qué le quieres traer tan viejo, tan achacoso?... ¡Pues míralo! Ya ves si nos ha servido para asustar a todo el mundo. Su fealdad, que es imponente, el llevar siempre la escopeta en la mano, todo eso con una hábil aureola de fiereza que le preparé, nos han evitado una porción de molestias. Las mujeres necesitan a su lado algo que inspire miedo; y cuando no lo tienen han de inventarlo.

AURORA.—¡La verdad es que ha sido una batalla bien ganada!

DOÑA LUZ.—¡Ya lo creo! Y como precisa quitarse de enmedio a toda esta gente cuya amistad una vez utilizada ya no tiene objeto, de ahí mi idea de traer a tu tío Melquíades.

AURORA.—Sin embargo, mamá, del que te va a costar trabajo desprenderte es de don Rodrigo. ¡Jesús, y cómo se ha enamorado de ti!

DOÑA LUZ.—Pues ya ves, no será porque yo le fomente. Me ha dirigido cinco cartas; no le he contestado; me envía sonetos, como si molieran café. Pasea por la carretera, me hago la présbita, y ni le saludo. Conque no sé cómo ponerle de realce las calabazas..., ¡como no se las fotograbe!

AURORA.—Y después de todo, ¿por qué no le haces caso? Don Rodrigo se conserva bastante bien.

DOÑA LUZ.—¡Pero, hija, por Dios!... Pero si es un hombre que parece hecho con materiales de derribo.

AURORA.—Es que yo les tengo miedo a estos ancianos efervescentes.

DOÑA LUZ.—Deja, ya procuraré yo con dulzura que se le evapore la ilusión. Y en último caso le digo lo que nos ha contado Campitos de que tiene dos hijas naturales.

AURORA.—¡Pero, por Dios, mamá, sin violencias!

DOÑA LUZ.—¿Qué vas a decirme?... No sólo sin violencias, sino que se va a encontrar en plena carretera hasta con cierta poesía.

AURORA.—¡Pobre señor, me da lástima!

DOÑA LUZ.—Mira, hija, no compadezcas. El que compadece se atrofia. Es mi lema.

ESCENA IX

DICHAS, ARTURO y MICAELA; dentro los dos.

MICAELA.—Amos, señorito, por Dios, estése usté quieto, caramba.

ARTURO.—Pero no seas tonta, si es que... *(Entran por la portalada. Vienen de la izquierda.)*

DOÑA LUZ.—*(Severa.)* ¿Pero qué es eso, hijo, qué es eso?, ¿qué es eso?

ARTURO.—¡Mi madre! ¡Atiza!

MICAELA.—¿Lo está usté viendo? Miá que también es...

DOÑA LUZ.—Y con estas bromas, un día te va a ver el marido y vamos a tener un disgusto.

MICAELA.—No, por eso no, sabe usté...; pero vamos, es que no me gusta, porque se pone a retozar ahí delante de todos, y qué necesidad tiene una de que la vean.

ARTURO.—Yo es que la iba a gastar una broma, y como ella me decía: «Deje usted que lleguemos a casa... Deje usted que lleguemos a casa...» Por eso cuando hemos llegado...

MICAELA.—Pero si es que no me dejaba usté acabar; yo decía deje usté que lleguemos a casa y verá usté como se lo digo a su mamá.

ARTURO.—¡Ah! ¡Una mala interpretación!

MICAELA.—¡Amos, hombre, que ya no va a poder una ni lo que se dice andar por el mundo!... *(Vase murmurando.)*

DOÑA LUZ.—Pero, hijo, por Dios, cada día tienes menos juicio. Estamos en una finca que no

es nuestra y el sábado vendiste una docena de gallinas.

ARTURO.—Bueno, es que tampoco eran nuestras.

DOÑA LUZ.—¡Toma, pues eso es lo bochornoso! Bien que las matemos nosotras porque estamos autorizadas para comerlas..., ¿pero tú?... No, hijo mío, no; veo con harta pena, que has salido a tu padre, que esté en gloria..., que no lo estará... *(Vase a la casa.)*

ESCENA X

AURORA y ARTURO.

AURORA.—Y mira, Arturo, me alegro que se haya ido mamá, porque yo también tengo que regañarte.

ARTURO.—¿Tú también?... ¡Mal día para mí! ¿Y qué pasa?

AURORA.—Pues he sabido, porque has tenido la audacia de decírselo a Campitos, que has contestado a dos o tres cartas que me ha escrito Arcadio, ese pobre muchacho sobrino de don Silvio.

ARTURO.—Bueno, pero ha sido en broma y sin firma..., y diciéndole cosas vagas...

AURORA.—Sí, todo lo vagas que quieras, pero el tío Zaino dice que ha sacado más de veinte duros de propinas que te ha entregado a ti.

ARTURO.—¡Veinte duros! ¡Qué exageración!...

AURORA.—Y eso es indecoroso, Arturo. Porque si nos quedamos aquí dos días más, eres capaz de contratar la fruta para venderla.

ARTURO.—Está muy verde.

AURORA.—Eres incorregible. ¡Pues como Arcadio se entere!

ARTURO.—¡No me inquieta!

AURORA.—¡Guárdate del agua mansa! *(Vase a la casa.)*

ARTURO.—Pues poco que me gustaría a mí darme dos porrazos con un seminarista. *(Vase por detrás de la casa.)*

ESCENA XI

DON MELQUÍADES y TÍO ZAINO, que vienen de la huerta.

DON MELQUÍADES.—¿Y dice usted que esos dos zorzales?...

TÍO ZAINO.—En ese árbol tienen el nido. *(Señala el árbol que habrá sobre el pozo.)* De que anochezca, avizore usté dende cualquier lao y los verá llegar. Son dos.

DON MELQUÍADES.—Esta tarde mato uno. ¿Y qué, me ha ligao usted ya las varillas?

TÍO ZAINO.—Almirablemente.

DON MELQUÍADES.—¿Y pega bien la liga?... *(Llega junto a la mesa, se sienta, deja la escopeta y mira las varillas que le ha dado el Tío Zaino.)*

TÍO ZAINO.—Lo que se pose, ahí se queda. ¡No se va ni un águila!

DON MELQUÍADES.—Sin embargo, ésta está poco ligada. Déme el bote.

TÍO ZAINO.—*(Va por él junto al pozo.)* Aquí está. *(Lo pone encima de la mesa.)*

DON MELQUÍADES.—Y tráigame más juncos, haga el favor. *(El Tío Zaino sale por la portalada fuera de la casa. Don Melquíades queda untando de liga dos o tres juncos que deja sobre la mesa.)* Así..., a mí me gusta así, bien ligadito... Sino que este demonio de vista... ¿Cuántos hay?..., tres... ¡Caramba, y cómo pega!

TÍO ZAINO.—*(Entrando.)* Aquí tié usté los juncos; pero creo que viene una vesita.

DON MELQUÍADES.—¿Una visita?

TÍO ZAINO.—He visto torcer de la carretera un señor a caballo.

DON MELQUÍADES.—Me voy, me voy... Ya segui-

ré. *(Vase y se lleva la escopeta. Lo demás lo deja en la mesa.)* ¡Demonio de visitas! ¡Qué casa esta! *(Entra en la casa.)*

ESCENA XII

Tío Zaino y Don Rodrigo. Este viene con botas de montar, espuelas y fusta. Se nota en su indumentaria, dentro de lo arcaico, un cierto refinamiento elegante. Lleva una flor en el ojal. Guantes puestos.

Don Rodrigo.—*(Apareciendo.)* ¿Se puede?

Tío Zaino.—¿Don Rodrigo?... ¿Pero es usted?

Don Rodrigo.—Yo soy. ¿Qué te sorprende?

Tío Zaino.—¡Anda!, pero si paece que se ha quitao usté diez años de encima...

Don Rodrigo.—Sí, ¿eh?... ¿De modo que me encuentras?

Tío Zaino.—Le encuentro que si sigue usté así, va usté a tener que volver al Estetuto.

Don Rodrigo.—Gracias, apreciable Zaino, muchas gracias. Pues ten la bondad de pasar esta tarjeta a doña Luz y dila que espero. *(Saca una tarjeta.)*

Tío Zaino.—Como un rayo.

Don Rodrigo.—No me la manches, por tu salud; que no tengo otra.

Tío Zaino.—Descuide usté. *(La coge con mucho cuidado, después de limpiarse los dedos.)*

Don Rodrigo.—Es la última de un ciento que me hice el año ochenta y dos.

Tío Zaino.—Es preciosa.

Don Rodrigo.—Si la dejan luego encima de la mesa, me la guardas. Anda.

Tío Zaino.—No tenga usté cuidao. *(Vase hacia la casa.)*

Don Rodrigo.—Con esta visita voy a quemar, digámoslo así, el último cartucho. He apretado un poco de indumentaria, porque con estas mujeres tornadizas hay que echar el resto. La flor,

el peinado, el saqué..., debo parecer una fotografía en colores. No se me para encima una mosca ni invitada. Y el caso es... ¡Dios mío, que no he perdido el juicio!; comprendo que esto a mis años es un poco pueril, pero esa mujer, primero, parecía comérseme talmente, y luego..., vamos, luego cualquiera hubiera pensado que le habían puesto el corazón al relente; yo no he visto una manera igual de enfriarse. Y claro, esta volubilidad femenina es tan sugestiva, tan embrolladora, tan estimulante... ¡Calle, ella! ¿Habrá recibido el último soneto?... ¡Dios mío, que la conmueva!

ESCENA XIII

DON RODRIGO y DOÑA LUZ.

DOÑA LUZ.—*(Sale de la casa con una bata elegante. Afectuosísima.)* ¡Don Rodrigo!... ¡Don Rodrigo de mi alma!..., ¡pero usted por esta casa a favorecernos!

DON RODRIGO.—Luz, el favorecido es un servidor. Y comprenderá usted que cuando ni el temor a ser molesto a su señor hermano me ha contenido, algo grave y decisivo para nosotros traigo el propósito de plantear.

DOÑA LUZ.—Muy bien, muy bien. ¡Pero está usted hecho un pollo!

DON RODRIGO.—El que se esmera agradar quiere.

DOÑA LUZ.—¿Hay acaso alguna personilla en la ciudad?...

DON RODRIGO.—En el campo, Luz, en el campo. No nos hagamos los pueriles. Y perdone usted que plantee el problema en los términos más rápidos; a mis años, otra cosa sería incongruente.

DOÑA LUZ.—¡Rodrigo! *(Se sienta.)*

DON RODRIGO.—Hablando en plata, Luz. ¿El sentimiento que animó a usted a darme ciertas es-

peranzas el día que fuí a recoger el palomo a su domicilio, vive todavía en su corazón? ¿Sí o no?

DOÑA LUZ.—¡Rodrigo! *(Ruborosa.)*

DON RODRIGO.—Categórico. Sin paliativos. ¿Sí o no?

DOÑA LUZ.—Rodrigo, no sé cómo decir a usted... que la estimación...

DON RODRIGO.—No palíe, no palíe. Rotundo. ¿Sí o no?

DOÑA LUZ.—¡Rodrigo, por Dios! No me impela a ciertas confesiones siempre bochornosas para una mujer.

DON RODRIGO.—Adelante.

DOÑA LUZ.—Yo... ¡no puedo negarlo!, en cuanto vile, estiméle...

DON RODRIGO.—Adelante.

DOÑA LUZ.—Mas... sentí hacia usted una inclinación decidida.

DON RODRIGO.—*(Radiante.)* ¿Entonces?

DOÑA LUZ.—¡Pero, ah querido y buen amigo, una al par que corazón, tiene cerebro y calcula; y usted no sabe lo que es dar a unos hijos el disgusto de casarse. ¡Ah, usted no sabe lo que molesta un padrastro a ciertas edades!

DON RODRIGO.—Señora los padrastros molestan siempre, ¿cómo voy a negar esa evidencia? Pero es que yo soy de una índole particular.

DOÑA LUZ.—¡Eso creemos todos!

DON RODRIGO.—Es que yo lo corroboro. Porque usted no ha observado, Luz, que desde que la amo, porque yo la amo, Luz..., y no se ponga usted encendida, ¿usted no ha observado que desde que la amo, soy otro, pero otro totalmente? Yo antes, de carácter era un tigre, yo rugía; pues ahora balo, balo de pura mansedumbre. Yo antes el pelo crespo; pues ahora llevo un peinado que no haría mal papel en un concurso; siempre fuí descuidado en el vestir; pues ahora por cada mancha que se me halle doy un vale para comer en la fonda.

DOÑA LUZ.—¡Rodrigo!

DON RODRIGO.—Además, y descendiendo un poco, tengo unos pies..., vamos, unos pies de olivo que hay que verlos; y unas pequeñas tierras paniegas... Nada, en fin, un modesto patrimonio, pero que unido a mis emolumentos pasivos, nos daría un mediano pasar que nos asegure el cotidiano condumio; y todo esto, embellecido por la presencia de usted, harían de mi casa de la Cuesta de Inválidos un verdadero pensil. Piénselo, Luz, piénselo.

DOÑA LUZ.—Por Dios, Rodrigo, no me pinte usted esos cuadros tan bellos.

DON RODRIGO.—Yo se los pinto a usted y los pongo marco si hace falta.

DOÑA LUZ.—¿De modo que por mí sería usted capaz?...

DON RODRIGO.—Por usted... ¡hasta pas par tú!

DOÑA LUZ.—¡Oh!

DON RODRIGO.—¡En fin, me ha hecho usted hasta hacer versos! Además, habrá usted observado, que como sé que le gusta, he enriquecido mi léxico. Me estoy sorbiendo el «Quijote». Porque de los clásicos tengo oído que algo se pega, que siempre se pega algo. Conque usted dirá, Luz; usted resolverá, no olvidando que de sus labios pende el hilo de mi ventura. Caramba, ¿qué es esto?... *(Trata de apartar un junco que se le ha pegado en la mano.)*

DOÑA LUZ.—Parece un junco...

DON RODRIGO.—¡Pero qué pegadizo, demonio! Y resulta que con los guantes... *(Ya durante la escena se le pegan los dedos, no puede desprenderse los juncos, y sufre, en fin, infinitas molestias, que sobria y discretamente utilizará el actor si considera que son de gracioso efecto.)* ¿De modo que usted dirá, Luz? Aguardo mi sentencia. No despego..., no despego mis labios hasta que usted decida.

DOÑA LUZ.—Si me dejase llevar de mi natural impulso diría a usted, aunque sé que a mis años ya no cuadro, Rodrigo, le amo, y ésta es mi mano. *(Breve pausa.)*

DON RODRIGO.—*(Aparte.)* ¡Pero qué demonio será esto! *(Sigue sin poder despegar los juncos, que, al desprenderse de una mano, se le pegan en la otra.)*

DOÑA LUZ.—¡Pero, ah, el pesar que causaría a mis hijos, me aconseja desprenderme de tan lisonjero anhelo!

DON RODRIGO.—Señora, no puedo ocultar a usted que me sorprende su decisión, después de hacerme concebir ilusiones que..., francamente, a nuestras edades se arraigan de una manera...

DOÑA LUZ.—Es que además, Rodrigo, quiero decírselo a usted todo. Su viudez de usted ha sido un poco tumultuosa.

DON RODRIGO.—*(Aparte.)* ¡Sabe lo de la Romualda! *(Alto.)* ¡Mi viudez!

DOÑA LUZ.—Sí; a qué andar con eufemismos. Sé que tiene usted dos hijas de veintitrés años, me lo ha dicho Campitos.

DON RODRIGO.—¿Campitos?... *(Aparte.)* ¡Canalla! *(Alto.)* ¿Pero le ha dicho a usted Campitos...?

DOÑA LUZ.—¡Y si fuera una sola!...; ¡pero dos!

DON RODRIGO.—Señora; son mellizas. Un pequeño desliz que tuve la desgracia que se me duplicara.

DOÑA LUZ.—Pero, en fin, Rodrigo, yo no puedo. Hágase usted cargo. Sería un remordimiento robar a otros seres, por mellizos que sean, un cariño que les pertenece por entero... ¡Ah, no, no!... ¡No es posible!... ¡Adiós, Rodrigo, adiós, estrechémonos la mano y olvídeme usted!...

DON RODRIGO.—¡Ah, Luz, ninguna de las dos cosas es posible; la olvidaré a usted cuando muera; la daré la mano... otro día, porque esto no se me despega, pero en fin, no la molesto más. Sé querer, no sé mendigar. Si no puedo vencer este amor, ya veré lo que hago.

DOÑA LUZ.—Rodrigo, compadézcame. ¡Adiós! *(Vase a la casa.)*

DON RODRIGO.—Bueno; está bien; Campitos me ha frustrado la última ilusión, y esta liga me ha deslucido la mitad de los párrafos. Lo de la liga

me lo quitaré con alcohol, pero por lo que a Campitos se refiere, donde me lo tope, juro a Dios que le doy una bofetada que su cara va a parecer la medalla de los sitios de Zaragoza: ruinas por anverso y reverso. ¡Ah, estoy desesperado!... ¡Pero en fin, no hagamos chiquilladas!... ¡Y para esto he perdido yo la amistad de Silvio, traicionándole, insultándole y dejando de merendar en su casa! ¡Ah, no..., yo no lo dejo así! Me ha dicho Campitos que iban a venir esta tarde; aguardaré en la huerta. A Silvio le pido perdón, a Campitos le pego. ¡Vaya si le pego! *(Vase por la puertecilla derecha.)*

ESCENA XIV

ARCADIO y PEDRITO, por el foro izquierda.

ARCADIO.—*(Se asoma con terror. Hablan en voz baja.)* Pasa; hemos llegado sin novedad. Hemos venido volando.

PEDRITO.—«Omnia vincit amor.»

ARCADIO.—Avanza sin miedo.

PEDRITO.—«Præcipite properanda tibi vía.» *(Tropieza.)*

ARCADIO.—Sin ruido y sin latín. Te lo suplico. Aquí lo terrible es don Melquíades, ¿eh? Observa bien.

PEDRITO.—¿Y es de veras que ese tío tiene tan mal carácter?

ARCADIO.—¡Tres ha matado en duelo!

PEDRITO.—¡Canario!

ARCADIO.—¡Pero a pesar de todo estoy resuelto a hablar hoy mismo con Aurora! Antes vacilaba, pero después de las cartas recibidas... ¡Oh, cuánto las he besado, Pedrito! ¡Aquí las llevo!... Son lacónicas, pero intensas: Perdona que vuelva a leerlas. *(Saca dos cartas del bolsillo y las lee.)* «Espere. Tenga fe. Gratifique al portador.» ¡Qué expresiva! Pues fíjate en la otra. *(Lee otra vez.)*

«No vacile. Tenga esperanza. Gratifique al portador.» Cien pesetas le di por cada carta, ¿te acuerdas?

PEDRITO.—Cuarenta duros...

ARCADIO.—¡Fe, esperanza!... ¿Por qué no seguirá escribiendo?

PEDRITO.—¡Si sigue, a estas horas te han costado las virtudes teologales unas quinientas pesetas!

ARCADIO.—¡Y qué me importa, si con besar su letra soy dichoso! ¡Y a todo esto mi pobre tío, cuanto más le digo que Aurorita al que ama es a mí, más se ríe!

PEDRITO.—¡Obstinaciones que hay!

ARCADIO.—¡Calla..., voy a ver si la veo!... *(Mira con precaución hacia la casa.)* ¡Mírala, ¿ves?..., está sentada en aquel gabinete!

PEDRITO.—Es verdad... Está de espaldas. ¡Qué delicia!

ARCADIO.—¡Qué figura!...

PEDRITO.—Y qué..., y qué..., ¿y qué estará haciendo?

ARCADIO.—Parece leer...

PEDRITO.—Me explico que esa mujer te haya..., te tenga...

ARCADIO.—Silencio. Oigo pasos. *(Mirando por fuera de la casa.)*

PEDRITO.—Sí; vienen. *(Se asoma Arcadio al portalón.)*

ARCADIO.—*(Con miedo.)* ¡El tío!

PEDRITO.—¡Cielos!... ¡Por Dios, tú, que no nos vea esa fiera!

ARCADIO.—¡Y con una escopeta! ¡Y no podemos huir!

PEDRITO.—¡Santo Dios, que no pare mientes!

ARCADIO.—Ocultémonos aquí. Dejémosle pasar. *(Se ocultan tras el pozo.)*

ESCENA XV

DICHOS y DON MELQUÍADES, por el foro izquierda.

DON MELQUÍADES.—¡Le he visto venir volando!... *(Entra de puntillas y con la escopeta amartillada.)*

ARCADIO.—*(Con terror.)* ¿Qué dice?

DON MELQUÍADES.—¡Eran dos!

PEDRITO.—¡Ay! ¡Ay, Arcadio!

DON MELQUÍADES.—¡Aquí se han escondido!

ARCADIO.—¡Nos ha visto!

DON MELQUÍADES.—¡Por lo menos, uno de los dos muere!

LOS DOS.—*(Se abrazan.)* ¡Ay!... ¡Santo Dios! ¡Virgen Santa!... ¡Ay!... ¿Qué ha dicho?... ¡Calla!

DON MELQUÍADES.—*(Mira al árbol.)* No los veo.

ARCADIO.—¡Respiro!

DON MELQUÍADES.—Puede que desde fuera de la tapia... voy a ver. No quiero perder el tiro. *(Vase foro izquierda.)*

ARCADIO.—*(Saliendo.)* ¿Qué hacemos?

PEDRITO.—Huir. No lo dudes. ¡Qué asesino!

ARCADIO.—¡Ay, qué susto! ¡Ay, nos mata!

PEDRITO.—Vámonos; ¡yo necesito media docena de sanguijuelas!

ARCADIO.—Salgamos con precaución. No sea esto una añagaza para hacernos salir y al vernos a cuerpo libre vaya a disparar.

PEDRITO.—Tienes razón. Sal primero.

ARCADIO.—No, tú, que ofreces menos blanco. Anda. Pegado a la pared. Sal.

PEDRITO.—Bueno..., vamos... *(Apenas salen suena un tiro. Entran los dos consternados, lívidos. Tentándose el pecho y la cabeza.)*

ARCADIO.—¡A mí!..., ¡a mí!..., ¡a mí!...

PEDRITO.—¿Te ha dado?

ARCADIO.—A mí no..., a mí no..., ¿y a ti?... ¿a ver?...

PEDRITO.—Creo que tam..., creo que tampoco... Sin embargo, no estoy..., no estoy seguro, porque...

ARCADIO.—A ver..., a ver... *(Le mira.)* Herido...

PEDRITO.—*(Con terror.)* ¿Dónde?

ARCADIO.—¡Herido no estás!... No... Ha sido el susto solamente. ¡No tengas cuidado!

PEDRITO.—¡El! ¡Calla! *(Vuelven a ocultarse.)*

DON MELQUÍADES.—*(Entra con un pájaro muerto en la mano.)* ¡No decía yo que por lo menos caía uno! *(Vase a la casa.)*

PEDRITO.—¡Si lleva un tordo!

ARCADIO.—¡Qué susto!... Tengo un temblor que... Salgamos que me serene un poco, y en cuanto empiece la noche, que el riesgo de que nos vean es menor, volveremos. Anda.

PEDRITO.—¡Ay! Tengo el corazón que me va a taladrar el chaleco!... ¡Qué bárbaro! *(Vanse foro derecha.)*

ESCENA XVI

DOÑA LUZ y AURORA, por la casa; luego, CAMPITOS y DON SILVIO, por foro izquierda.

AURORA.—¿Y dices que vienen?

DOÑA LUZ. Sí; los he visto desde la ventana. He conocido la jardinera por los caballos negros.

AURORA.—Yo esperaré que tú me llames, ¿te parece?

DOÑA LUZ.—Mejor será. *(Aurora vuelve a la casa.)* Yo haré como que leo. *(Se sienta y abre un libro.)*

CAMPITOS.—*(Apareciendo con Don Silvio.)* ¿Da usted su permiso?

DOÑA LUZ.—*(Muy sonriente, a Campitos.)* Adelante, querido amigo, adelante. *(Muy seria, a Don Silvio, que le hace una inclinaciión de cabeza.)* ¡Caballero!

CAMPITOS.—Ya le he dicho a Silvio que usted ac-

cedía a la entrevista por él solicitada y henos aquí, doña Luz.

DON SILVIO.—Señora, doy a usted mil gracias ante todo.

DOÑA LUZ.—Aunque amargó mi vida para siempre la noche luctuosa en que nos vimos por última vez; sin embargo, todo olvidélo. Esta es mi mano.

DON SILVINO.—Gracias, señora. *(Le estrecha la mano.)* Habrá dicho a usted Campitos que al mismo tiempo que dejamos resuelta la parte material del asunto, yo deseo...

DOÑA LUZ.—Sí, hablar con Aurora; muy bien. Poco podrá ser. Porque accedemos a esto a espaldas de mi hermano. Ahora voy a llamarla.

CAMPITOS.—Nosotros podemos hablar ahí dentro si le parece.

DOÑA LUZ.—Muy bien. Tenga la bondad de sentarse, que en seguida sale.

DON SILVIO.—Aquí espero. *(Vanse Campitos y Doña Luz a la casa.)*

ESCENA XVII

DON SILVIO y AURORA.

DON SILVIO.—¿Por qué no confesarlo?... Estoy realmente conmovido. A mis años, lo comprendo, esto es un poco ridículo; pero... ¡Ella!

AURORA.—*(Apareciendo.)* ¡Silvio! *(Queda inmóvil con los ojos bajos.)*

DON SILVIO.—Aurora. *(Se estrechan las manos; se sientan.)*

AURORA.—Ha dicho mamá que quiere usted hablarme.

DON SILVIO.—Sí, es cierto, quería hablarla; pero vea usted qué cosa tan extraña, querría hablarla y no sé cómo empezar. *(Pausa.)*

AURORA.—Usted dirá.

DON SILVIO.—Aurora, hablemos francamente. Lo exige nuestra situación y el tiempo breve de que disponemos. Usted me dió a entender un día que me amaba, ¿no es cierto?

AURORA.—Fuí sincera.

DON SILVIO.—Pues yo en cambio digo a usted ahora, llanamente, en el lenguaje rudo de la verdad: Aurora, si sigue usted pensando lo mismo que entonces, no se vaya, quédese. Estoy resuelto a todo. Entiéndame usted bien..., ¡a todo!

AURORA.—*(Baja los ojos y finge limpiarse dos lágrimas.)* Silvio, gracias, muchas gracias; pero esa solución que tanto he deseado es ya imposible, absolutamente imposible.

DON SILVIO.—¿Imposible por qué?

AURORA.—¿Que por qué? ¿Y es usted quien me lo pregunta? ¡Usted, un hombre tan mundano, tan conocedor de la vida!... ¿No lo comprende usted?

DON SILVIO.—¡Aseguro que no!... ¡No me explico!...

AURORA.—Silvio, la fatalidad se ha cebado en nosotros desde el día mismo en que nos conocimos; he visto con honda amargura que por mí perdía usted tranquilidad, prestigio, amistades, consideración social. Si ahora, después de los escándalos ocurridos, yo aceptara lo que usted me propone, si yo me quedase, si nos casáramos, en una palabra, no podríamos ser felices.

DON SILVIO.—¿Por qué?

AURORA.—¿Que por qué? Perdone usted mi dureza, pero he de ser franca. A usted le despreciarían como a un pobre hombre, vencido por una pasión ridícula; a mí, como a una mujer astuta y pérfida, que no buscó su amor, sino su conveniencia.

DON SILVIO.—¡Oh, eso es demasiado!

AURORA.—¡Así es el mundo;! ¡No seríamos felices, no! ¡La envidia de las mujeres se cebaría en mi buena suerte! No querrían olvidar lo pasado. Nadie consentiría en tratarme, y dada nuestra diferencia de edades, Dios sabe qué calumnias al

menor pretexto, y así, usted sin prestigio y yo sin honor, iríamos camino del hastío; tras él vendría el reproche y, al fin, la infelicidad irremediable.

DON SILVIO.—¡Pero eso que usted dice es de una crueldad!...

AURORA.—¡Tal es la vida! ¡Por eso es preciso, es necesario que alguien se sacrifique, y ese alguien debo ser yo, Silvio!

DON SILVIO.—¡Aurora!

AURORA.—Sí. Alejándome yo, usted puede ir recobrando poco a poco su prestigio. Todo se olvidará. Las iras de la opinión son violentas, pero rápidas. El mundo, Silvio, necesita una víctima; deje usted que sea yo, que soy la que menos pierde con la derrota. *(Llora.)*

DON SILVIO.—¡Sería cobarde!...

AURORA.—Es lo humano. Sí, estoy resuelta, mañana me voy para siempre. Sólo así recuperará usted su tranquilidad, y ya que mi pobre cariño no ha podido hacerle feliz, al menos que mi sacrificio le restituya a su alegría, a sus amistades de siempre. ¿Qué derecho tengo yo para perturbar una vida dichosa? ¡No, no!... Esto es cruel, esto es amargo; pero así debe ser. ¡Adiós, Silvio, adiós para siempre!

DON SILVIO.—¡Aurora..., Aurora!... Pero... *(La retiene.)*

AURORA.—No, no; déjeme usted... ¿No ve usted cómo sufro?... ¡Comprenda usted mi sacrificio! *(Vase corriendo a la casa.)*

DON SILVIO.—¡Pobre niña!... ¡Oh, es extraordinaria!... ¡Estoy realmente conmovido! Es un poco pueril, pero creo que... *(Se limpia los ojos como apartándose una lágrima con los dedos de un modo varonil y enérgico.)*

ESCENA XVIII

DON SILVIO y DON RODRIGO, que sale de la huerta.

DON RODRIGO.—Silvio.

DON SILVIO.—*(Asombrado.)* ¡Rodrigo!

DON RODRIGO.—Dame una bofetada.

DON SILVIO.—¿Pero tú aquí? ¿Pero cómo es esto? ¿Pero qué dices?...

DON RODRIGO.—Has el favor de darme una bofetada para que pueda hablarte sin remordimiento.

DON SILVIO.—¡Pero, Rodrigo!

DON RODRIGO.—Sí, ea, acabo de presenciar la escena...; veo en tu cara las huellas de una profunda emoción y no puedo más, la ira me rebosa. Silvio, lo que acabas de oírle a esa joven es una tomadura de pelo verdaderamente épica.

DON SILVIO.—Rodrigo, ¿pero qué dices? ¡Estás loco!

DON RODRIGO.—¡Silvio, dame una bofetada para que pueda continuar, haz el favor!

DON SILVIO.—Rodrigo, ¿pero yo estoy loco?

DON RODRIGO.—Tonto nada más.

DON SILVIO.—¿Pero qué estás diciendo?

DON RODRIGO.—Y lo grave es que a mí me han hecho juguete de sus maquinaciones en contra tuya con la complicidad, ¡asómbrate!, del miserable de Campitos.

DON SILVIO.—¡Rodrigo!

DON RODRIGO.—Lo que oyes..., ¡la verdad pura! Campitos, es necesario que lo sepas, es un Judas. De acuerdo con él fué la niña a tu casa aquella noche.

DON SILVIO.—¿Pero es de veras?

DON RODRIGO.—¡Dame una bofetada, hombre!... La madre nos hizo creer que aquello, aquel escándalo quería dártelo para vengarse de que hubieses desacreditado a su hija, y luego, luego ha sido para sacarte como indemnización unos miles de pesetas; para que lo sepas... Y Campitos...

DON SILVIO.—¡Oh, basta, basta! ¡Qué traición, qué deslealtad!

DON RODRIGO.—¡Pégame una bofetada, haz el favor!

DON SILVIO.—¡Oh traidores!... ¡Maldita sea! Sí... *(Levanta la mano como para pegarle.)*

DON RODRIGO.—*(Rehuyendo.)* Oye, tú, no vayas a darle a mis palabras más extensión de la que tienen, ¿eh? ¡La culpa, toda la culpa es de Campitos! ¡A mí me cegaba un cariño, Silvio, perdóname!

DON SILVIO.—De modo que todo cuanto esa mujer ha dicho...

DON RODRIGO.—Es más liviano que una opereta de Leo Fall. No quiere casarse contigo, porque hace seis años que tiene relaciones en Madrid con un presunto farmacéutico, y con tus pesetas creo que intentan ponerle una farmacia.

DON SILVIO.—¡Santo Dios!

DON RODRIGO.—Ya ves. ¡La pobre niña!

DON SILVIO.—¿Y Campitos sabe esto?

DON RODRIGO.—Mejor que yo.

DON SILVIO.—Basta. ¿Hay por ahí una espuerta?...

DON RODRIGO.—¿Para qué?

DON SILVIO.—Para las moléculas de Campitos... Porque este roten se lo rompo encima.

DON RODRIGO.—No, perdóname. El fraccionamiento de esa caricatura es cosa mía; he abierto entre mis pies y mis manos una suscripción para darle una paliza. Oye la lista: seis bofetadas con ésta *(La mano derecha.)* Catorce puntapiés con éste... Cinco metidos...

DON SILVIO.—¿Pero a ti qué te ha hecho?

DON RODRIGO.—Una friolera; porque si te he de ser franco, yo no pensaba casarme; pero vamos, si ese sinvergüenza no me lo estropea, me doy un año paradisíaco.

DON SILVIO.—¡Calla, ahí sale!

DON RODRIGO.—Cédeme el primer fustazo. *(Deja sus guantes sobre la mesa.)*

DON SILVIO.—No puedo.

DON RODRIGO.—Bueno; le daremos a escote. ¡Cada uno lo suyo!

ESCENA XIX

DICHOS y CAMPITOS, que sale de la casa, saludando.

CAMPITOS.—¡Hola, ya!... *(Viendo a Don Rodrigo.)* ¡Caramba, Rodrigo, aquí!

DON RODRIGO.—Por unos minutos. Dentro de media hora estaré en la prisión celular.

CAMPITOS.—¿Por qué?

DON RODRIGO.—Por homicidio.

CAMPITOS.—¡Canario!, ¿pues y eso? *(A Don Silvio.)* ¿Qué quiere decir éste?

DON SILVIO.—No lo sé. ¿Y nuestro asunto?

CAMPITOS.—Aquí tienes el documento. Entregué el cheque. Todo arreglado.

DON SILVIO.—¿Todo?

CAMPITOS.—Y gracias a mí te ves libre de un proceso judicial.

DON SILVIO.—Sólo por hoy.

CAMPITOS.—¿Qué dices?

DON SILVIO.—Que mañana estaré procesado.

CAMPITOS.—¿Tú?

DON SILVIO.—Por lo mismo que éste: por homicidio.

CAMPITOS.—¡Caramba!... ¡No comprendo! ¡Debe ser una broma que...! *(Ríe.)*

DON RODRIGO.—*(Le coge de un brazo.)* ¡Canalla!

DON SILVIO.—*(Del otro brazo.)* ¡Sinvergüenza!

CAMPITOS.—¡Dios mío; pero...!

DON RODRIGO.—Haga usted sus disposiciones testamentarias, que va usted a ir de cabeza al pozo.

CAMPITOS.—¿Yo?...; ¿pero por qué?

DON SILVIO.—¡Ya te lo dirán en el otro mundo! ¡Canalla!

CAMPITOS.—¡Pero, señores!...

DON RODRIGO.—Déjamelo arrojar... *(Le coge en vilo y le acerca como para tirarle de cabeza al pozo.)*

CAMPITOS.—¡Rodrigo!... ¡Silvio!... ¡Socorro!

DON SILVIO.—Déjale, déjale.

DON RODRIGO.—Aunque lo saquemos luego, hombre. No me quites la satisfacción del reuma siquiera...

DON SILVIO.—Déjalo, déjalo. Anda vete, vete.

CAMPITOS.—Silvio, perdóname; yo..., perdóname.

DON SILVIO.—Hoy no puedo perdonarte. Y hasta que esto se me pase, dame la satisfacción de no volver a saludarme. Anda. *(Le pone en la puerta.)*

DON RODRIGO.—*(Le da un fustazo.)* Largo.

CAMPITOS.—¡Ay! *(Vase.)*

DON RODRIGO.—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

DON SILVIO.—Nada. *(Se acerca detrás de la casa.)* Micaela, haz el favor un momento.

DON RODRIGO.—Pero...

DON SILVIO.—Aguarda.

ESCENA XX

DON SILVIO, DON RODRIGO y MICAELA.

MICAELA.—*(Muy humilde.)* ¿Qué mandaba el señor.

DON SILVIO.—Oye, mañana...

MICAELA.—Sí, señor.

DON SILVIO.—Cuando se vayan estas señoras...

MICAELA.—Sí, señor.

DON SILVIO.—Le dices a tu padre que abra toda la casa y la mande blanquear de nuevo.

MICAELA.—Sí, señor.

DON SILVIO.—Nada más.

MICAELA.—Sí, señor. Descuide el señor. *(Vase por detrás de la casa.)*

DON RODRIGO.—¿Y es eso todo?

DON SILVIO.—Todo. No quiero que ni en mí ni en lo mío quede huella de esa gente. Porque esta comedia que en formas diversas se repite muchas

veces en la vida, cuando el protagonista no es un miserable, no puede tener otro final que éste, resignarse con la burla que merecimos.

DON RODRIGO.—¡Tal vez tienes razón! ¿Me perdonas?

DON SILVIO.—¿Y cómo no?... ¡Si he de perdonarme también a mí mismo! Te llevo al pueblo, ¿vienes?

DON RODRIGO.—Vamos. *(Aparte.)* ¡He perdido una temporada orgiástica! ¡Qué se le va a hacer! *(Vanse foro.)*

ESCENA XXI

ARCADIO, PEDRITO y TÍO ZAINO, que vienen de la huerta.

ARCADIO.—¿Y te ha dado ahora esta carta?

TÍO ZAINO.—Hace un rato.

PEDRITO.—¿Y qué dice?, ¿qué dice?

ARCADIO.—Oye... *(Leyendo.)* «Mañana nos vamos. No ceje. Prudencia, véngase a Madrid. Gratifique al portador.» ¡Oyes!... ¡Toma, toma veinte duros!... *(Se los da al Tío Zaino.)* ¡Si yo pudiera verla!... Si estuviese por... *(Va a mirar hacia la casa.)*

PEDRITO.—*(En secreto.)* ¿Le diste la mía?

TÍO ZAINO.—Aquí traigo la contestación. *(Le da un papel.)*

PEDRITO.—Dame. *(Lee con disimulo.)* «No me es usted indiferente. Síganos. Ocúltese de Arcadio. No entiendo el latín. Gratifique al portador.» *(A Tío Zaino.)* Toma.

TÍO ZAINO.—*(Mirando la moneda. Aparte.)* ¡Dos pesetas!... ¡Este es más vivo!

ARCADIO.—¡No la veo!...; pero no nos comprometamos. Vamos al pueblo y mañana a Madrid. La seguiré en el correo.

PEDRITO.—*(Aparte.)* Y yo en el rápido.

ARCADIO.—¡Adiós, amor mío! *(Vanse foro izquierda.)*

ARTURO.—*(Que sale de la casa.)* ¿Qué te han dado?

TÍO ZAINO.—Don Arcadio, veinte duros; el Pedrito, dos pesetas.

ARTURO.—Pues al Pedrito ese le damos calabazas mañana.

TÍO ZAINO.—¡Bien hecho! ¡Por tacaño! ¡Ja, ja! *(Mutis por la puertecilla de la huerta.)*

ESCENA XXII

AURORA y DOÑA LUZ; luego, DON RODRIGO.

AURORA.—*(Salen de la casa.)* Ya se fueron todos.

DOÑA LUZ.—¡Vayan benditos de Dios!

AURORA.—Hemos triunfado, mamá.

DOÑA LUZ.—Naturalmente; pues ¿qué creían estos paletos, que iban a mofarse de nosotras?... ¡Sí, sí! Hay que vivir a la moderna, hija mía. Les he aplicado el sistema «yanqui»; calumnian, pues que indemnicen.

DON RODRIGO.—*(Puerta foro.)* Con permiso. *(Quedan absortas al verle. Entra muy serio. Aparte.)* He perdido el tiempo en esta casa, los guantes no me resigno a perderlos. *(Se va a marchar, después de coger los guantes de encima de la mesa con las puntas de los dedos. Con la otra mano les va despegando juncos.)*

DOÑA LUZ.—¿Pero qué es eso, liga? ¿Se le han pegado a usted?

DON RODRIGO.—¡Nos la han pegado! *(Hace una reverencia y vase quitando con las puntas de los dedos juncos de los guantes. Doña Luz y Aurorita quedan riendo. Telón.)*

FIN DE
«LA POBRE NIÑA»